

Mariano Sánchez de Enciso

---

**G**l balcón  
de la Alpujarra

---

(ESCENAS DE NOVELA)

---

CÁDIZ

TIPOGRAFÍA DE CABELLO Y LOZÓN

Duque de Tetuan, 22

1902



AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

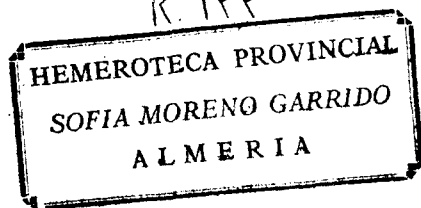
Don Fernando de los Ríos Acuña

*No por lo que valga el librejo, pobre fruto de mi triste númen, amasado con algunas escenas de la vida, sino por lo que V. E. vale, dídicoselo; y mi satisfacción no reconoce límites al ver estampado en esta primera página el distinguido y honrado nombre de quien como V. E. une á su caballerosidad y á su generoso proceder una tan privilegiada inteligencia.*

*Acepte V. E. en esta humilde dedicatoria las seguridades de la consideración y el respeto de su afectísimo seguro servidor*

Q. S. M. B.

*Mariano S. de Enciso.*







# EL BALCÓN DE LA ALPUJARRA

---

## I

En la falda de una montaña, cuya cumbre corona perpétuamente la nieve, se asienta el escenario de nuestra historia.

Han pasado muchas generaciones desde que una raza pujante y sedienta de triunfo arrojó de allí á otra raza que dominó por luengos siglos, y no obstante el tiempo transcurrido aún se ven á cada paso en las personas, en los edificios, en las costumbres y en los mil incidentes de la vida, recuerdos vivos y perennes de aquellas desdichadas muchedumbres á quienes los últimos capitanes de la reconquista sumieron en la servidumbre ó en el destierro. Allí, como en toda la región aquella, poblada de moriscos recuerdos, hallareis aún ancianos que llegaron valientes y erguidos á contar un siglo de vida, y que os señalarán y os referirán, porque á su vez lo oyeron de sus progenitores, los lugares más

salientes de aquella última epopeya que limpió de moriscos á la Alpujarra, y os dirán sentados en algún ribazo del camino, cómo al poniente se divisan restos del antiguo pueblo destruído por los primeros pobladores castellanos, cómo al este corre un río llamado de la *sangre* por la mucha que arrastraron sus aguas en una degollina general de imborrable Noche-buena, cómo la iglesia que asoma las agujas de su torre por una estribación de la sierra, sirvió de asilo á los cristianos de aquel pueblo y de sepultura, después de un sitio heroico, y en suma, en cada sinuosidad del terreno, en cada poblado, en cada piedra, hallará un recuerdo el buen viejo para despertar vuestra curiosidad y evocar memorias de aquel tiempo.

Y no será extraño que sin haber leído á D. Pedro Antonio, como familiarmente se le llama por aquella región desde que en ella puso su planta, al gran novelista é incansable y ameno viajero, coincida con él el alpujarreño anciano, y en su lenguaje y á su manera, os recuerde las frases de Alarcón que dice «*Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que había moros y cristianos, en que cada pueblo luchaba y moría por su fé ....*»

El de nuestra historia corre en una extensión no pequeña de poniente á levante, á lo largo de una calle á la que por ser la mejor y más cuidada se le dá el nombre de Real; á esta afluyen transversalmente otras muchas, y dando frente á los ejidos se asienta un barrio que pudiéramos llamar de la gente del bronce,

en el que tienen su marco las posadas, las tabernas y quién sabe si algún otro centro de perdición y de vicio. La gente maliciosa conoce aquel conjunto de casas feas y destartadas con el nombre despreciativo de *barriche*.

Las malas condiciones de aquel suelo y de aquella atmósfera social, se ven compensadas por una luz de mágicos tonos y por los efluvios riquísimos que arranca el aire sutil de la tarde á las cumbres de la sierra cercana; por un horizonte dilatado y limpio y una perspectiva risueña y encantadora; hasta allí envía el Mediterráneo sus rumores y sus áuras y en los días de calma inefable divisanse las velas de los barcos que se esfuman entre la neblina de las aguas como esas figuras de magia que en la niñez constituyen nuestro encanto.

El pueblecillo, por su posición, por la clase de gente que en él mora, y por otras circunstancias dependientes de las ya enumeradas, constituye algo así como un centro al que rinden vasallaje los lugares más cercanos, y los sencillos labriegos que en aquél viven no caben en el pellejo de contento desde que alguna inteligencia más culta ha llamado con propiedad al pueblo «el balcón de la Alpujarra.»

En una posición análoga á la que ocupa el pueblo de nuestro relato, hacia la parte de poniente y atravesado un río que fecundiza todas aquellas laderas, se descubren otros dos lugares, el uno anexo del otro, con un Pastor de almas para ambos; hácia el sur, casi en

una hondonada, en la posición más triste que imaginarse pueda, hundan sus viviendas otros dos lugares; y atravesado el río de la *sangre*, pasado el límite que separa dos provincias, otro pueblo de angustiosa situación, colgante casi de una montaña abrupta, rinde parias con los anteriores al llamado «balcón de la Alpujarra.»

## II

En el pueblo, lleno de consternación, corrían las más extrañas voces.

Don Joaquín Sautisteban, alma y vida de aquel pueblo, providencia de los necesitados, amparo del menesteroso, el caballero más noble y cumplido de toda la Alpujarra, había fallecido; y se decía que los hijos que estaban á su lado, ya que no pudieron desheredar al hermano ausente, el ojo derecho de D. Joaquín, porque las fincas no pueden trasladarse y esconderse como las peluconas, habían quitado estas de enmedio en tal cantidad que hubo necesidad de cargarlas en sacos, á lomos de algunos machos, y fueron á parar á la casa de Facundo Alvar, casado con Martirio Sautisteban, la hija mayor de D. Joaquín.

Este distinguió toda la vida á su hijo llamado como él, Joaquín, porque tras de ser el más pequeño, había heredado las prendas de alma y de inteligencia de su padre y parecíasele

también físicamente de prodigiosa manera. Y al fijar todo su amor en el menor de sus hijos firmó su sentencia de perdición y ruina porque los hijos restantes se coaligaron secretamente en contra del hermano preferido: eterno remedo de la lucha que tiñó con la primera sangre al mundo y que continuó en inacabables escalones, dejando en la historia de la humanidad señales de su mísera existencia.

Porque el hijo reunió en sí luces naturales de que los restantes hermanos carecían, Don Joaquín le dió estudios elevados y no halló límites en su amor entrañable para el porvenir de aquel hijo del que se propuso hacer la honra de la familia; pero esta familia, despreciando la honra que pudiera darle aquel hermano, parecía tener á desdoro sus hermosas cualidades de alma y su talento.

Prosperó, no obstante, el tesón y el entusiasmo de D. Joaquín, prosperaron y echaron raíces hondas sus esperanzas y sus cálculos, y el joven letrado era una lumbrera de potente foco que desde la capital enviaba al pueblo sus resplandores, á cuya luz se desentumecía y solazaba el anciano, en tanto que sus restantes hijos envidiosos se achicharraban como condenados.

No había ni pizca de justicia en la malquerencia de los últimos. El buen padre procuró sacar todo el partido posible de cada uno de ellos, y vanos habían sido sus esfuerzos todos. Tentó con tres hijos fortuna, y sobrado de peluconas y como al que no le duelen prendas con el dinero, los envió á que estudiaran como



estudiaba Joaquín: todo inútil. De la capital hicieron aquéllos un año y otro año el teatro de las aventuras más escandalosas y perdieron todos los cursos amenazando dar al traste con la fortuna del rico alpujarreño. Entonces éste, cumplido el deber y con la indulgencia que caracteriza á todo buen padre, retuvo á su lado á los hijos desaplicados y locos, y creció en su corazón con más y más ahinco el amor entrañable que tenía al hijo aquél que era la luz de sus ojos y el encanto de su alma.

Hembras también habían nacido del matrimonio prolífico compuesto por D. Joaquín y su mujer, que fué una santa y á la que Dios había llamado para colmarla de gloria. Y las hembras habían sacado resabios iguales á los de los varones desaplicados y calaveras; y el casamiento hecho por las hijas, con gente desigual, desnivelada, de poco limpios antecedentes, daba claros indicios de que D. Joaquín tuvo que transigir con locos caprichos antes que aguantar borrones de deshonor sobre su nombre.

Todo en el hijo querido había sido favorable y todo contribuyó de poderosa manera á que en él viera su padre el compendio de sus amores y sus esperanzas; porque el joven letrado, al terminar brillantemente una carrera que le abría tan risueño porvenir, había puesto éste por entero á disposición de su amante padre.

—Hijo mío—le había dicho D. Joaquín—con mi influencia y mis dineros haremos que tus talentos hallen la recompensa merecida. Yo se por experiencia que sin *din* no hay *don*; mi-

remos, por tanto, con absoluta confianza el porvenir. Ahora quiero concederte uno de los premios á que eres acreedor por tu houradez y tus luces. En U... vive D. Francisco Ramírez á quien llaman el indiano y que es gran amigo mio. Entre sus hijas hay una de quien se hace lenguas la Alpujarra toda para celebrar sus virtudes y su belleza. Es una portorriqueña con toda la gracia de una andaluza. Mi buen amigo D. Francisco no te desdeñará para su hija Maria de los Angeles si ésta y tú llegais á comprenderos.

El resultado de este consejo fué el enlace, cumplido el año, entre el abogado y la graciosa americana. Jamás en la comarca habíase visto una pareja tan igual y tan digna de elogio. Ambos jóvenes; él apuesto y arrogante, ella menudita de cuerpo, graciosa de cara, de magníficos ojos, ostentando en su persona toda el aire y el porte de una gran señora; queriéndose mutuamente con pasión... el joven matrimonio bendijo una y mil veces al cariñoso padre que había sabido adivinar para ellos una felicidad tan completa.

El buen anciano redobló en su hijo el amor que le tenía, haciendo partícipe de tan inmenso cariño á aquella otra hija tan bella y tan honrada como afectuosa. Y cuando estos hijos le dieron el primer retoño de sus amores, la alegría de D. Joaquín no conoció límites y la región toda se conmovió ante las muestras de contento del alpujarreño acaudalado.

Odio africano iba germinando en el alma de los restantes hijos, rencor salvaje cuyas raíces

se perdían en lo más inexplorado y hondo del humano ser, que al entregarse á tan infame pasión borra de sí todo impulso humano para rugir impotente como fiera endemoniada. Y los hijos que se creían preteridos extendían su malquerencia satánica á todo lo que, en su obcecación, hacíales objeto del supuesto desvío, y odiaban al padre y odiaban al joven matrimonio y odiaron con más fuerza aún al fruto del amor de sus hermanos, amor que en su magnitud y grandeza les reprochaba elocuentemente sus vicios y sus pecados.

D. Joaquín no veía, no podía ver nada de esto. La hipocresía de sus hijos corría parejas con el rencor criminal en que se abrasaban y el disimulo y el engaño se habían puesto una de sus caretas más tupidas, y no podían vislumbrarse las muecas y las gesticulaciones horribles del despecho y de la impotencia, de la envidia y del odio maldito que contaminaba á toda aquella caterva de seres degenerados.

### III

La noticia cayó en el pueblo como un rayo y cundió como la exhalación. Pintábase la consternación en todos los semblantes, y presa los buenos campesinos del dolor más intenso, suspendieron sus agrícolas faenas y desfilaron cariacontecidos y tristes ante el cadáver del caballero intachable al que todos ha-

bían merecido algún favor, algún agasajo, alguna recompensa.

El que no haya vivido en uno de esos pueblos de vecindario reducido, en los que se encierra la existencia en la más pesada monotonía, no puede comprender lo que significa un acontecimiento como el que describimos. Parece como si la vida toda se suspendiera bruscamente y huyera el ánimo para no volver más, y las personas siéntense anonadadas expresando su dolor de la más gráfica manera.

A la puerta del hacendado se situaban las sencillas mugeres del pueblo, y entre ayes del corazón acongojado, sacaban á relucir todas las nobles prendas del finado y los favores que en vida le habían merecido: el hijo librado de quintas, la fianza prestada, el interés de un adelanto perdonado, la entrega de la renta, aplazada por las malas cosechas; era aquella la hora de las alabanzas. Y en tanto en casa de uno de los manigeros que se disponían á emprender la marcha para la *tierra baja*, un numeroso grupo de segadores comentaba á su sabor las voces que por el pueblo corrían.

—Y dicen—aseguraba el manigero, hombre que todo lo había de dirigir en el pueblo, así las comparsas de carnaval como las cuadrillas de segadores que en el verano iban á la siega—dicen que la cosa ha pasado de este modo: llamaron los de la plaza (así apellidaba la gente del pueblo á la hija mayor de D. Joaquín y á su marido) á Pepe Alvarez, á Ramón Tenorio, á Juan Hervas y á José Rey, diciéndoles que habían de velar al notario. ¡No es-

taba mal velatorio! Para que no se durmieran les dieron todo el vino que quisieron beber, pero José Rey, que tiene más intención que un marrajo, en vez de echarse el vino al colete, lo derramaba por la pechera temiendo alguna judiada y extrañado de que para velar á un hombre los emborracharan. Pero hizo como si también estuviera *chispo*. Entonces les mandó D. Facundo que llevaran sus machos y en ellos cargaron sacos con una barbaridad de dinero que se ha tragado la tierra. Cuando estaban en esta faena daba D. Joaquín las boqueadas.

—¡Pues ahí es buena!—exclamó otro de los labriegos—José Rey ha salido ésta madrugada en la jaca del Cura y dicen algunos que lo vieron doblar por el camino del puerto, que iba echando chispas, corriendo más que un galgo.

—José es mucha cosa del abogado y quizás haya ido por su cuenta á decirle lo de la muerte de su padre.

—Ojalá, y quiera Dios que venga el hijo y entonces si que va á haber fandango por todo lo alto.

—Son éstos más malos que perros.

—¡Pobre D. Joaquín!

Tenían razón los segadores y todo había ocurrido de la manera que en su lenguaje contaban ellos. Y asimismo era verdadera la segunda parte: José Rey, uno de los colonos del difunto notario, al que éste apreciara grandemente, se había entrado aquella mañana en casa del párroco y después de media hora de charla había ensillado la jaca del Cura toman-

do el camino del puerto en dirección á la capital.

#### IV

La primera noticia de tan inmensa desgracia la tuvo el joven abogado por conducto del colono; cuando éste le hizo relación de la infamia que sus hermanos le habían jugado, re-concentrando sus impresiones, se dispuso á partir inmediatamente.

Vanos fueron todos los esfuerzos que se hicieron; reventando al noble animal llegaron el abogado y el colono cuando el entierro se había efectuado.

Caldeaba al pueblo una atmósfera de espec-tación imposible de analizar. Estaba en todas las conciencias la villanía consumada y aguardábanse actos ruidosos entre la familia de los Santisteban y un escandaloso litigio cuyo final fuera para algunos el presidio.

El joven D. Joaquín, ocultando las emociones de dolor que laceraban su alma, mostróse á sus hermanos tan cariñoso como siempre, y cuando hubo recibido las visitas y pésames de lo principal del pueblo, y algún tanto repues-to de las diversas impresiones recibidas, se encerró una noche con el párroco en el despacho de éste, habiéndole antes anunciado una conferencia de interés.

Era el cura Moliner, así el párroco se llama-ba, un padre de almas modelo. No esta-

ba grandemente cultivada su inteligencia, pero suplía su falta de instrucción con luces naturales que alumbraban claramente el camino recto de su vida, y tenía un corazón de oro. Era lo que vulgarísimamente ha dado en llamar el pueblo un cura de «misa y olla,» pero de «misa y olla» y todo, tenía Moliner un alma tan amante del bien, un corazón tan valiente y enérgico, jamás doblegado ante mezquinas conveniencias, que su figura se agigantaba y se salía de aquel tan estrecho marco y de aquella tan corrompida atmósfera social.

Contábase entre otras cosas dignas de ejemplo, de su sencilla vida, que durante un jubileo, instigado y comprometido por otros sacerdotes, subió al púlpito para dirigir á sus feligreses un sermón con síntesis algún tanto profunda, y no bien hubo salido del exordio de su estudiado discurso, cuando se le fué como suele decirse, el santo al cielo; en aquel mismo momento sin desconcertarse en lo más mínimo, dirigió sus miradas hacia los otros ministros del Señor, reconviniéndoles dulcemente por la terquedad que daba aquel fruto, y bajando pausadamente las gradas del púlpito, colocóse en uno de los lados del altar mayor, desde donde modestamente dirigía á sus feligreses sus pláticas: de aquel corazón salió entonces una de las más hermosas homilias que han pronunciado labios humanos. Cuando terminó su tierna y elocuente plática sus compañeros le abrazaron enternecidos.

No doblegado jamás el buen párroco ante ningún impulso feo ni acción torcida, es claro

deducir que en él verían los hijos de D. Joaquín un obstáculo y hasta un enemigo. También es lógico presumir que el único que le apreciaba y entendía era el joven abogado.

Lo que hablaron éste y el sacerdote, quizás bajo el secreto de la confesión, no entra en nuestro ánimo ni en nuestra incumbencia ni querer adivinarlo. Solo si diremos lo que pareció ser fruto de aquella conferencia.

Cuando pasados los primeros días del dolor, en unos mentido, sincero en los menos, y se reunieron todos los hijos de D. Joaquín para poner en ejecución su testamento, el joven abogado hizo esta confesión que dejó atónitos á sus hermanos:

—Hay que tener en cuenta que padre me remitió hace unos meses 120.000 reales de los cuales solo le tenía reintegrados 20.000. Hay pues, en mi favor 5.000 duros, que son de todos. Téngase esto presente y ya que padre *no ha dejado dinero* del que pudiera hacerse el reintegro en la parte que me perteneciera, dedúzcase la cantidad dicha de una de las fincas que me hayan correspondido.

La tremenda impresión que aquel arranque y aquellas palabras causaron, tuvieron fuerza los malditos para comprimirla y enterrarla en lo más oculto del corazón. Tomóse cuenta por escrito de la generosa, de la casi inverosímil y altamente altruista declaración, para que surtiera sus efectos al hacerse el reparto de los bienes.



## V

Entre el abogado y la hija mayor de D. Joaquín se repartió la influencia y el ascendiente de que en vida había gozado el notario. El primero era ya bastante conocido de los que habían sido buenos amigos de su padre y ellos continuaron dispensándole su amistad. La segunda, casada con un hombre de gran ambición, tocó todos los resortes imaginables en el distrito para encumbrar á su marido á la jefatura política.

Y fuéle empresa hasta cierto punto fácil y hacedera; porque su hermano el letrado, que había hallado siempre reducido aquel horizonte é inaguantable aquella atmósfera, soñaba con más dilatado campo para su porvenir y el de la familia que se había creado, y desoyendo las instancias y los reiterados ruegos de los caciquillos de la comarca y las indicaciones de algunas otras personas que hubieran visto con gusto consolidarse la jefatura en un tan completo caballero como el hijo preferido del notario, levantó el vuelo á más elevadas regiones queriendo también por otros conceptos sustraerse á las emanaciones nauseabundas de aquella charca cenagosa.

Con alma y vida se dedicó Facundo Alvar ayudado ardorosamente de su mujer á afianzarse de aquella jefatura que la fortuna le de-

paraba; jefatura que fué en otras manos providencia bendita y que en las suyas había de ser reflejo vivo de su maldad. Y contando con la parte más pingüe de la fortuna arrebatada traidoramente, en las sombras de la noche, su osadía y su soberbia pondrían lo demás para hacer del que fué un zascandil todo un caciquillo á la moderna.

Para el más completo éxito de la empresa agrupóse la familia en derredor de Facundo reconociendo en él dotes sobresalientes de que los demás carecían; y fué cosa digna de ser vista, contemplar cómo aquella caterva de discolos y rebeldes se arribaba compacta y unida á la sombra del árbol del mal. No de otra manera los ángeles malos se apartaron de Dios y le negaron obediencia para reconocer la supremacía del espíritu de las tinieblas.

Constituía aquella familia, por un sarcasmo de la suerte, lo más florido y granadito del pueblo, porque radicaban en ella los mejores capitales: esfera elevada y superior en el orden material enunciado, y que á las demás tenía en servidumbre ó vasallaje; formaban estas otras los colonos y demás gente menuda sin voluntad ni acción para moverse. Lógico es deducir el estado de feroz caciquismo que iba sucediendo á aquel otro sencillo y patriarcal que rigió durante la vida del difunto notario.

Pronto se vieron los efectos de semejante cambio y acentuóse éste más desde el momento en que Facundo Alvar llevó al pueblo, con influencias ya propias, á un individuo que ni

pintado para asesor y consejero de sus proyectos y sus actos.

¡Desdichados pueblos aquellos en que una voluntad perversa hace de las suyas á su antojo, sin que nadie le vaya á la mano, amparada por un influjo político mezquino que hace oídos de mercader á todas las tropelias y á todos los desafueros! ¡Triste condición la de aquellos campesinos, esclavos del trabajo rudo, esquilados, vejados y escarnecidos por un látigo de hierro, sin que un corazón se apiade de sus cuitas, sin que una mano se les tienda generosa!...

El caciquismo, perverso hasta lo sumo, es el de esos pueblecillos de la montaña, que enclavados en las cumbres y dominadores del llano, parecen más bien destinados por todas sus condiciones á gozar aires purísimos de libertad reparadora.

Y es cosa de ver, para general asombro, el grado á que se lleva en aquellos pueblos tan infame aherrojamiento. Situados, como dejamos dicho, á reducidas jornadas unos de otros, el presupuesto municipal espléndido en las atenciones más dudosas, aparece raquítico y miserable en los más importantes servicios. Sirva esto de ejemplo: en aquellos lugares, en cinco leguas á la redonda, créense á cubierto los municipios con poseer todos un solo facultativo, y en el pueblecillo de nuestra historia y en los más cercanos era la cosa más corriente que las personas murieran por falta de asistencia médica y que el doctor, hechura las más de las veces del cacique, dejara pasar las horas

que reclamaban sagradas atenciones, jugando al tute ó á la brisca con los desocupados del pueblo. Mientras el Galeno hacia este alarde de sus *escogidas* inclinaciones y gustos sociales, algún pobrete espiraba de pulmonía, solo y abandonado, ó alguna infeliz labriega moría de parto; luego el doctor certificaba la defunción... y ya se sabe: el muerto al hoyo...

De la misma manera dependían de Facundo Alvar y de la camarilla que en derredor suyo se agrupaba el porvenir y la seguridad de los infelices labriegos en todos los órdenes de la vida; y ay del desdichado que intentara ponerse de frente ó quisiera llevar con sus quejas y lamentaciones la alarma fuera del pueblo.

La bendita Providencia, no obstante y á despecho de la maldad humana, sabe humillar la malicia é intervenir á tiempo para que no prosperen las grandes infamias. Y la Providencia eligió al joven letrado para ejecutor de sus designios.

Por segunda vez iban á encontrarse de frente Joaquín y la endemoniada jauría.

## VI

Agrupábanse al arrimo de Facundo Alvar, no solo los que de su familia simpatizaban con sus inclinaciones, sino cuantos en el pueblo le hallaban también por analogía de carácter digno de llevar la voz cantante y todos aque-

llos que vagos y perezosos querían medrar á cualquiera costa; y formando estos diversos elementos la más nutrida y compacta agrupación, hacían que sobre todas las cosas predominara aquel partido de locos y malvados.

Veían por otra parte los adeptos del nuevo cacique deslumbradoras cualidades en su jefe. Alvar era hombre de luces no comunes que elegidas como antorcha del bien hubieran alumbrado un sendero de prosperidad bienhechora. Él resolvía todas las cuestiones científicas que se le ofrecieran, y dado á los estudios matemáticos, era ciertamente un dechado en tan útiles materias. La gran casa que habitaba, construida á su capricho, con un inmenso balconaje al medio día, desde el que se descubría la parte del mar que entre dos gigantescas montañas mostraba su tonalidad azul como el cielo, aquella casa más parecía el asilo de un sabio consagrado á la contemplación y al estudio que la morada de un hombre egoísta y soberbio dispuesto y capaz de sacrificar á la humanidad entera, si como otro Nerón hubiera podido jugar con la humanidad á su capricho. Facundo Alvar por ser perverso desde el fondo á la superficie no creía ni pizca en nada sobrenatural y divino y eran para él un mito todos los misterios y los dogmas todos religiosos.

Se asimilaba, puede decirse, lo malo que leía y segregaba con alarde y descaro las ideas del bien y de la eternidad.

Contertulio suyo cotidiano era un hombre-tón que desempeñaba á su lado las funciones

de lector, porque Alvar que había consumido la vista en el estudio, encontrábase falto de ella para leer tantos y tantos periódicos y revistas como recibía. El *tio* Gallardo, sin otra instrucción que conocer las letras y saber de-letrearlas, traducía á su manera la lectura con harta indulgencia del cacique y éste iba mentalmente reconstruyendo lo que aquel descomponía, y á falta de mejores ojos y á falta de una mejor inteligencia conformabáse Alvar con los servicios del *tio* Gallardo.

Minucioso en su afición á las letras como todos los que hasta la monomanía se inclinan á los legajos y á los libros, hacíase leer desde el título de los periódicos y revistas hasta el pie de imprenta: así no era extraño que con tan inmensa lectura y en la forma en que era administrada, se leyera casi siempre la prensa con seis, ocho y hasta diez días de retraso.

Por carácter y temperamento y fiado en el padrínazgo que le guardaba las espaldas, era Gallardo provocativo y bravucón y á más de cuatro había hecho probar la fuerza de su brazo y la dureza y lo contundente de su garrote, después de insultarles por el más pequeño motivo ó sin causa alguna. Aquellos lances debieron tener consecuencias funestas, pero muy al contrario el lesionado se rascaba en la cama los bárbaros garrotazos, se le echaba tierra al asunto, juez y médico cumplían lo que ordenaba el cacique y aquí no ha pasado nada. El hombretón seguía pavoneándose por el pueblo y desafiando al mundo entero con su arrogancia.

Ocurrió el sangriento drama porque era inevitable. Alguno tenía que madrugar más que el perdonavidas, para repeler y castigar sus atrevimientos y sus insultos.

Se celebraba la fiesta de la Cruz. El pueblo se había adornado con sus más vistosas galas. Las mozas y los mozos aparecían lucidamente emperejilados y en los portales espaciosos de las mejores casas habíause levautado altares al látaro bendito de la redención humana.

Dignos de ser vistos eran aquellos altares. Componíanse de una aucha base recubierta de vistosas sedas ó de ricos pañolones de Manila, combinados caprichosamente sus largos flecos, y de un segundo cuerpo más reducido del que arrancaba la Cruz, que era en casi todos los casos un acabado modelo de paciencia.

El rumbo se ostentaba por todo lo alto. Con más de un mes de anticipación habían estado las mozas importunando á la gente principal del pueblo con peticiones de alhajas, pañuelos buenos y vistosos cintajos, y no era ciertamente el buen gusto la nota que predominaba en aquellos oratorios improvisados. Las alhajas lucían su codiciado metal y las facetas de sus piedras por todos lados, el caso era recargar el altar de oro y pedrería, y por cualquier lugar, pegue ó no pegue, velase profusión de sortijas y aderezos, de medallones y crucecitas y todos esos menudos objetos que adornan y envanecen á las mujeres, y desde la base del segundo cuerpo del altar hasta el final de la Cruz parecía aquello una ostentosa exhibición de joyería.

La gente del pueblo se daba á discurrir en busca de altares que contemplar embobada, y era tenido aquel día por uno de los mejores y más divertidos del año.

La primera parte de la fiesta puede decirse que estaba consagrada enteramente á tributar homenaje religioso al bendito objeto de la religión cristiana; pero la segunda parte, que comprendía desde el oscurecer hasta la media noche, la gente moza entregábase al honesto esparcimiento del fandango, baile con dejos de las danzas todas populares, en que la pareja no tiene necesidad de enlazarse entre los vertiginosos torbellinos de los bailes aristocráticos.

Media docena de tocadores de bandurrias y guitarras sentados á la puerta del oratorio, formaban uno de los extremos del corro que se dilataba abarcando todo el ancho de la calle; y en mitad del corro colocábanse las parejas ajustándose al compás del lánguido rasgueo de los instrumentos nombrados y haciendo sus danzas y *posturas* á la indicación de alguna copla de voluptuosos dejillos que entonaba alguna voz varonil ó alguna boca de garrida serrana.

Yá la puerta de uno estos oratorios, en donde resplandecía el contento y se derrochaba el buen humor y la alegría, sobrevino el drama, porque estaba de Dios que aquel fantasmón del *tío* Gallardo acabara de mala manera y á manos de quien menos hubiera él soñado.

Tenia el matón el terror extendido de tal



modo y se temían tan justamente sus desplantes y sus arrogancias que se oscurecía el contento donde Gallardo estuviera y mostrábase general impaciencia mientras duraba su permanencia en las reuniones.

Se presentó el perdonavidas en una de aquellas fiestas y pronto cundió el rumor de que iba ganoso de alborotarla. Y tan justo temor se hizo más firme, cuando oyeron al tío Gallardo algunas bromas de mal género y expresiones chavacañas y soeces lanzadas á unos y á otros.

Había en la reunión un mozo que era de lo más sano y honrado del pueblo: formalote y enemigo de bullas y jaranas. Había estado Juan Cañadas ausente durante algunos años de su tierra buscándose la vida por otros pueblos, con su trabajo. Los viajes y sus propias condiciones diéronle un sello de superioridad que le apartaba y distinguía de los patanes que habían sido camaradas de sus primeros años.

Pretendía y agasajaba Juan á una graciosa morena que no se le mostraba indiferente, y el perdonavidas quiso en tan solemne momento, por solo la antipatía que Juan le inspiraba, turbar la paz y la alegría que reinaba en aquellos corazones.

Danzaba la pareja, y contra lo corriente y usado de no importunar á las mozas que tuvieran novio cuando con éste bailaban, con peticiones de acompañarlas en la danza, el tío Gallardo se plantó entre Juan y la muchacha.

—Con el permiso de éste, ó sin su permiso —dijo á la última—y acompañando la acción á la palabra, quitó de enmedio á Juan de un violento empellón. Cañadas rodó á los piés de los espectadores.

Estos comenzaron á temer algo funesto. El insulto y la agresión habían sido de lo más soez y chavacano.

Levantóse Juan con presteza sintiendo arder en su corazón la vergüenza y el coraje, y avanzando hácia el hombretón que había quedado riéndose estúpidamente, como gallo vencedor, en mitad del corro alborotado, le arrojó á la cara estas palabras:

—No merece V. estar entre personas; y si no fuera mirando cosas que V. no comprende ni respeta, aquí mismo me había de beber su sangre.

La pesada mano del tío Gallardo cayó brutalmente sobre la cara de Juan apenas hubo éste dicho las anteriores palabras, y la tremenda bofetada resonó siniestramente en todos los oídos y todos los corazones latieron indignados ante el feroz ultraje.

Rugió Juan como una fiera y una oleada de sangre subió á su cabeza y nubló su vista. Buscó en los bolsillos algo con que lavar la afrenta y sólo tropezaron sus manos con una navaja de esas que llevan los campesinos para cortar el pan y para otras faenas análogas. Ya era tiempo, porque el tío Gallardo, furioso y provocativo como nunca, se arrojó sobre Juan, esgrimiendo en la diestra mano un enorme cuchillo.

Nadie pudo evitar aquello. Se sucedió todo con rapidez tan pasmosa, que cuando los espectadores del drama se dieron cuenta de lo que estaba pasando, la navaja de Juan, de afilada cuchilla, había entrado con desesperada fuerza en el pecho del *tío* Gallardo.

## VII

Iba á consumarse una iniquidad y entre los pocos que en el pueblo la reprochaban hallábase el cura Moliner. Juan en una prisión vería sobre él desencadenarse todo el peso de la más infame injusticia.

Las siguientes cartas, cruzadas entre el párroco y el abogado, nos darán cuenta de las consecuencias que tuvo el drama:

«Mi muy querido amigo: supóngote enterado de la marcha que se sigue en este pueblo desde que faltó tu amante padre, y esta suposición me disculpa de ponerte en antecedentes que repugnan, además, mi sagrado ministerio y mi carácter.

Pero á extremo tal han llegado las cosas y tan inminente es una villana injusticia, que no vacilo un momento y acudo á tus luces y á tu buen corazón para que por los medios más razonables pongamos nuestra voluntad y nuestras fuerzas al servicio de una buena causa.

A la sombra de tu hermano político, Facundo Alvar, medraba el desgraciado Gallardo de

cuya trágica muerte te habrán llegado noticias. Tú conociste á Gallardo. No necesito tampoco hablarte de sus defectos. El desdichado, fiado en quien le guardaba las espaldas, tenía consternado al pueblo con sus tropelías, y la última y para él más infortunada, realizóla en la persona de Juan Cañadas, aquel muchacho honradote y formal que en tu niñez conociste, y que regresó al pueblo no hace mucho tiempo. La desgracia ha sido tremenda: Juan tuvo una mala hora, y vejado, escarnecido y en peligro su vida arrebató á Gallardo la suya, en justa defensa dicen testigos imparciales; yo entiendo que Cañadas debió volver al matón la espalda sin importársele nada la negra honrilla. Tú ya me conoces: más vale una vida y sobre todo un alma que todas las honrillas del muado.

Hasta aquí el mal que es ya inevitable; pero ahora viene una parte segunda y esta segunda parte trae envuelta la amenaza de perder para mientras viva á un hombre hourado.

Si en ocasión memorable oíste de mis labios frases de perdón que tú como bueno pusiste en obra, ahora debes oír el ruego de este anciano que reclama de tí actividad y energía y te pide que patrocines al desgraciado Juan para librarle de los lazos miserables que se le tienden. Porque Facundo ha jurado que Cañadas se pudrirá en un presidio y esto es lo que hay que evitar á todo trance.

Tendrás que luchar, hijo mío, como valeroso soldado al que no arredraun los obstáculos más insuperables, y desde los testigos falsos,

comprados ya, hasta la última prueba, todas tendrá que destruir las tu actividad y tu talento.

Anticipome con esta carta á la que recibirás de Juan, el cual desde el primer momento pensó en tí como en el mejor padrino, y si algo vale mi cariño hacia tí y mi ancianidad, te suplico tengas aquel y esta presentes aceptando la defensa del pobre Cañadas.

Tu siempre leal amigo y capellán, Antonio Moliner.»

«Mi respetable y queridísimo amigo: Recibí la carta de V. y á poco otra del pobre Juan. Han hecho Vdes. bien en contar con mi concurso. Defenderé á ese desgraciado con entusiasmo y ahinco y confío en Dios que el triunfo coronará mis afanes.

Nada quiero decir á V. de esos degenerados seres á los que la fuerza de la sangre me hace perdonar. Algún día tendrán su merecido. Se encargará de ello Aquel que ningún delito deja impune, Aquel ante el que no pueden sustrarse de castigo los malvados. Pero si obtienen mi perdón, porque además de ser de mi sangre la venganza es de almas ruines y el castigo sería causa de escándalo que ningún mal remediaría, créome en cambio obligado, porque lo demandan V. y mi conciencia, á quitarles de entre las garras ese desgraciado cuya perdición tan ardientemente desean.

Usted que es un santo, pida á Dios que me acorra y favorezca y cuente siempre con el cariño y el respeto de su afectísimo, Joaquín.»

«Mi querido Joaquín: Ha llegado el momento

crítico. En breve comparecerá Juan ante el tribunal y te creo animado del mismo entusiasmo que respiraba la última carta que de tí he recibido. Piensa, hijo mío, que de tu actividad y buen deseo depende en gran parte la suerte del pobre Cañadas, y yo elevaré á Dios mis oraciones para que centuple las luces de tu inteligencia y dé á tu talento la fuerza necesaria para triunfar. Espero con ansiedad noticias tuyas.

Sabes cuánto te quiere tu amigo y capellán, Antonio Moliner.»

«Mi siempre queridísimo y respetable amigo: hemos reñido la batalla y doy á V. la gratísima nueva del más completo vencimiento.

Vamos por partes: V. sabe que oportunamente llamé á José Rey y la campaña que este buen hombre ha hecho ahí, con habilidad suma, para que muchos de los testigos comprados por Facundo, depusieran en favor de nuestra causa. Dichos testigos, jugándose el todo por el todo, se han conducido como buenos y me ha sido empresa fácil llevar al tribunal la convicción de que mi patrocinado no era merecedor de castigo.

Dicen que mi informe ha sido sentido y elocuente. Yo sólo sé que hablaba á impulsos de la razón y la justicia, y tal confianza me inspiraba la rectitud de mi determinación, que cuando esperaba la sentencia con todos los pronunciamientos favorables, mi corazón ni aceleró sus latidos. Parecía que una secreta voz me anunciaba el vencimiento de la justicia.

Ya está Juan en salvo y ya puede como hombre honrado y libre ir á esa cuando le cuadre. Yo le he aconsejado que deje pasar algún tiempo para que se entibien los calores que son naturales

¿Se entibiarán igualmente alguna vez en el corazón de mi cuñado? Aquí le he visto estos días y en sus ojos he leído un rencor que no ha sabido disimular. Que Dios le perdone sus extravíos, como yo le perdono sus maldades.

Las oraciones de V. subieron al cielo. No las interrumpa V. nunca y pida siempre por su amigo que tan de corazón le quiere, Joaquín.»

## VIII

El odio criminal que palpitaba ardentísimo en el corazón de Facundo Alvar hacia su cuñado, tuvo con el tiempo en quien desahogarse. A falta de hacer sentir todo el peso de su rencor y su saña sobre el mismo D. Joaquín y en espera de una ocasión en que poder satisfacer cumplidamente su venganza, Alvar se colocó de frente, en contra de dos nuevas familias creadas por las hijas mayores del abogado.

Porque han transcurrido muchos años. Los suficientes para que cambie en gran manera el estado de las cosas. El abogado cargado de hijos ha tenido que ir deshaciéndose de gran

número de sus fincas para dar á aquellos carrera, y ha aceptado un juzgado de primera instancia; y dejando confiados los escasos bienes que le quedaban al cuidado de sus hijos políticos, desempeña con el acierto y la rectitud en él habituales el delicado destino que le ha sido encomendado.

En menguada hora decidieron las hijas de D. Joaquín establecerse en el pueblo al calor de los bienes de su padre; porque Alvar que ya fuerte y poderoso se había quitado la careta con que encubriera antes sus pensamientos, emprendió una guerra sin tregua ni cuartel en contra de las dos familias en las que veía como el lobo en un coto de inocentes ovejas, víctimas que saciaran su feroz voracidad. Y éstas, que comprendieron el peligro común, se agruparon como pudieron confundiéndose en una familia sola, y arrojado el guante por Alvar y recogido, mal de su grado, por los agraviados parientes, el pueblo amenazaba con presentar un remedo de esas enconadas luchas con que nos ofrece la historia todos los horrores humanos en güelfos y gibélinos y otras parcialidades análogas.

Facundo Alvar había llegado á donde jamás alcanzaron sus ensueños más ambiciosos. El demonio soplabá el castillo de su encumbramiento y su soberbia: su caudal aumentaba á medida que decrecía el de sus odiados parientes y su influencia política se agigantaba también de prodigiosa manera.

Contaba, como entendemos haber dicho, con un lugarteniente que ni pintado. Eran dos al-



mas gemelas que ni de encargo hubieran salido tan iguales para la maldita obra. Distribuida entre ambos la influencia política, porque Jacobo Casas, que así se llamaba el lugarteniente, tuvo suficiente habilidad para hacer valer en casi igual esfera sus *méritos* propios, de inclinaciones igualmente perversas, susceptibles de transmitirse recíprocamente sus pasiones, allí odiaba Jacobo donde aborrecía el cacique y allí éste era indulgente (de estos cocos, pocos,) donde aquel quería dispensar su amistad y su protección.

Para mayor desgracia de los hijos del magistrado en tan desigual lucha, el cura Moliner, aquel santo varón, había muerto. Y hallábanse casi aislados entre aquella sociedad aborrecida, si se exceptúa á los cuatro ó seis colonos que les quedaban y á otras tantas familias leales al recuerdo del notario.

Semejantes luchas en aquellos pueblos son muy desiguales. El feroz caciquismo encubre, ampara y disculpa los más grandes desafueros y es el amo de la situación el que dispone de la vara de Alcalde, como en Madrid es el amo de la nación el que confecciona la *Gaceta* y puede amañar el presupuesto. Y con influencias arriba que dejen pasar las tropelías, miel sobre hojuelas.

Porque en aquellas guerras se dirigen los disparos al lugar que más escuece, y nada más fácil que la ruina del perseguido si carece de toda influencia y tiene que vivir á merced del perseguidor. Este sabe que el flaco sensible del adversario son los terruños y so-

bre ellos recarga una contribución capaz de partir al más potentado por el eje.

Esta y otras vengancillas análogas y la constante lucha en las elecciones para que el enemigo no recobre alientos y no pueda presentar fuerzas suficientes que contrarresten el contrario partido, eran las armas manejadas por el que acaudillaba Facundo Alvar, en contra de aquel otro partido que el amor de hermanos y el propio interés habían ordenado, de consuno.

Alvar no cabía en el pellejo de gozo porque realizaba los más bellos ideales de su vida: tener víctimas al alcance de la mano, y hacer sentir todo el peso de su odio sobre la sangre de aquel aborrecido cuñado que había tenido el loco atrevimiento de elevarse sobre todos y salir haciendo ascos del pueblo. Ya veía Joaquín cómo las gastaba el caciquillo y cuán aventurado era quitarle de entre las garras una presa.

El contento de Alvar hallaba eco en aquellos miserables seres que le rodeaban. Todos veían con fruición inmensa el estado á que habían llegado las cosas y el que menos no paraba en sus cábalas miserables hasta ver pedir limosna de puerta en puerta á los hijos de aquel hermano ;que no había querido echarles á presidio!

El odio que se respiraba en aquella atmósfera era implacable. La camarilla disponía de todas las armas á su antojo. Bastó que uno de los ecónomos que fueron á regir la parroquia, se inclinara del lado de los más débiles,

mostrándoles ostensible simpatía, para que se elevara un escrito al Prelado, lleno de indignas acusaciones y firmado por la mayor parte de los vecinos, pidiéndole que trasladara al sacerdote.

¡No se atrevieron á tanto en tiempos del cura Moliner!, decían aquellos sencillos labriegos.

Hasta el magistrado llegaban las quejas y lamentaciones de que le hacían confidente sus hijos cuando los vejámenes llevados hasta el extremo abrían honda brecha en el corazón lacrado; y el buen padre sufría y devoraba tan amargas cuitas, y algunas veces, en el descanso de sus judiciales tareas, escribíales largamente enviándoles sus consuelos, quitando importancia á las fundadas quejas, alentándoles para un porvenir no lejano. Porque el magistrado meditaba hacía tiempo sacar á los suyos de aquel pueblo maldito, y sólo aguardaba una ocasión favorable en que poder realizar sus proyectos, vendiendo sus escasos bienes de fortuna.

## IX

Constituían la familia del juez aquellas dos hijas ya casadas y que á su vez habían formado dos nuevas familias, una soltera y cuatro varones; de éstos los dos mayores cursaban estudios superiores en la universidad de la capital más cercana.

Más hijos había tenido el matrimonio feliz formado por el amor y por la acertada voluntad de un padre; pero la muerte habíale arrancado dos pedazos de sus almas en dos niños que lloraban aún D. Joaquín y María de los Angeles como el primer día de tan aciaga pena.

Aquella portorriqueña, con toda la gracia de una andaluza, á la que tanto amó su buen padre político y á la que quiso siempre con locura el hombre que tuvo la dicha de buscarla para consuelo y alivio de sus desventuras y sus penas; aquella menudita mujer, de grandes ojos y hermosos como su alma y de corazón magnánimo como la santidad y el bien; aquella *mamina* tan querida de todos los que la trataban, llamada con el anterior adjetivo al dar á luz su primer hijo cuando casi era una niña, por aquel D. Joaquín de imborrable recuerdo que había sabido adivinar para su hijo preferido una tan completa compañera, no es ya la joven que en las primeras páginas de este libro hemos someramente retratado: han pasado los años dejando en torno de sí su huella, y los desengaños y las penas sufridas, los hijos arrebatados por la muerte á su amante regazo, las contrariedades de la vida y las miserias de los que prometieron á su marido ayudarle y protegerle en su carrera, los ecos tristes que hasta ella llegaban de las hijas desterradas en un rincón alpujarreño, víctimas de la saña criminal de un malvado que parecía haberse propuesto la destrucción y el exterminio de toda una familia honrada,

laceraban de continuo su corazón, y no eran ciertamente bastantes á compensarla de estas amarguras, el amor inalterable de su marido, el entrañable cariño de sus hijos y la situación relativamente desahogada en que vivía.

Alma grande, inmensa, bondadosa y buena como pocas, corazón nacido para la virtud y el bien, María de los Angeles no podía comprender ni abarcar las infamias de la vida. Las consecuencias de aquellos sufrimientos habían de ser muy funestas.

Para que la caída fuera mayor y más sensible, todo vino por aquel tiempo á favorecer á la familia: á la satisfacción de estar D. Joaquín al frente de un importante juzgado en un pueblo andaluz, rico y aristocrático, y de haber sido sacado de los miserables villorrios en que hasta entonces tuvo que estar metido, luchando con unos y con otros entre las olas de un feroz caciquismo, á la justa satisfacción de tener á su mujer y á sus hijos y verse él en un pueblo decente y halagado y querido de personas bien nacidas, se agregó la no menos justa é intensa alegría que produjo en el corazón del juez una carta recibida del pueblo, escrita por una de las hijas que en él vivían.

He aquí la carta:

«Mis muy queridos padres: un sueño me parece todo lo pasado, y no extrañéis la incoherencia de estos renglones, pues bajo el peso de las grandes emociones recibidas, parece-me que aún el sueño continúa y como si temiera despertar de él para ver otra vez en derredor nuestro la realidad triste.

Quisiera en estos momentos estar entre vosotros para en vez de escribiros, contaros verbalmente lo que la distancia me obliga á confiar al papel; así vería vuestra emoción y alegría y con mis abrazos y mis besos haría mayor tan legítimo contento.

Adivino vuestra impaciencia y voy seguidamente á contaros lo sucedido.

En nuestras anteriores cartas, tanto mi hermana como yo, os hemos hablado del nuevo párroco que hace apenas un año se posesionó de esta parroquia. Desde el primer momento comprendimos que era un santo y obra suya es el ejemplo que acaba de dar este pueblo para admiración de propios y extraños.

¿Creeréis que acabo en este momento de regresar de casa de tía Martirio? ¿Verdad que os parecería una pesada broma, si otra que yo, os lo contara? Pues nada más cierto. Y esta es la obra del Sr. Cura, á quien pague Dios lo bueno que ha hecho: la reconciliación entre ambas familias, dándose al olvido y perdonándose todo lo pasado.

Hay quien duda que la paz que ofrece tío Facundo sea veraz y sincera; pero es lo que nosotras nos preguntamos: ¿á qué, si no, la reconciliación? ¿qué frutos espera de ella nuestro tío, siendo él poderoso como lo es, y pudiendo agobiarnos de pesadumbre y de pena como hasta aquí lo ha hecho, y hasta lanzarnos de este pueblo, porque en el extremo á que habían llegado las cosas, se hacía ya insoportable la situación?

El buen párroco se dió desde el primer mo-

mento exacta cuenta de lo que ocurría, y con una sagacidad nunca como ahora tan cumplidamente aplicada al bien, comprendió que de inclinarse á nosotros se acarrearía la enemistad y el ódio de tío Facundo, sin resolver nada práctico: por esto eligió las armas de la persuasión y el convencimiento. Nosotras le comparamos á un San Vicente Ferrer por el buen acierto que han tenido sus nobilísimas gestiones, apaciguando rencores y devolviendo á las almas la paz y la concordia que deben reinar entre familias y cristianos.

Hacia mucho tiempo, quizás desde el cura Moliner de santa memoria, que por aquí no había venido una misión á evangelizarnos; y este ha sido el medio hábilmente elegido por el párroco para devolver la tranquilidad á los corazones.

El efecto ha sido tan rápido y completo que parece cosa de magia. Sembraron los misioneros, unos sabios redentoristas de justa fama y renombre, las semillas de la reconciliación y han dado el más bendito fruto. El pueblo acudió á oír las sabias exhortaciones de los redentoristas y después en masa acudió al Tribunal de la penitencia. Esta ha sido el olvido de los rencores y como consecuencia de ella, la paz que resplandece en el pueblo desde tan largo tiempo turbada por la intranquilidad y el desasosiego y la injusta guerra que se nos hacía.

Comprended vosotros cuál sería mi sorpresa y estupor al ver entrar por las puertas de mi casa á tía Martirio y á tío Facundo acom-

pañados de mi marido y el Sr. Cura. Este había hecho ya las paces entre mi marido y tío Facundo, llamando á su casa á los dos. Entre abrazos y lágrimas de alegría recibí á mis tíos, cuando los primeros momentos de mi atonía pasaron, y vosotros que sois tan buenos aplaudiréis mi generoso arranque. Mi buena madre llorará seguramente sobre esta carta. ¡Quién pudiera confundir con vosotros el llanto de tan justa emoción!

Yo, loca de alegría, y os juro que para nada pasaba por mi mente ninguna idea mezquina que se derivara de la efectuada reconciliación, me arreglé en el mismo momento y me lancé con ellos á la calle. De mi casa fuimos á la de mi prima Martirio en donde se repitió con los mismos incidentes la escena, y de aquí todos reunidos llegamos á la casa de mi hermana. ¡Para qué cansaros? Las casas principales del pueblo fueron así recorridas, y engrosando la comitiva con algún individuo á medida que la jornada iba terminando. Los desocupados del pueblo nos seguían y en las caras de esta sencilla gente se pintaba también el más legítimo contento.

Hemos solemnizado las paces con banqueteos por todo lo alto, y cuando han pasado los primeros días del alegre bullicio, tío Facundo ha prometido á mi marido que este será nombrado Alcalde.

No quiero que salga hoy el correo sin llevaros esta grata nueva. Bastantes días hemos dejado, egoistas, transcurrir sin daros cuenta de tan fausto acontecimiento. Con besos para



mis hermanos recibirlos á miles de mis pequeños, abrazos de mi marido y el corazón de vuestra amante hija.»

## X

A las anteriores alegrías que abrian el sendero de un oasis en aquella morada de continuo combatida por las inclemencias de un desierto, se agregó otra no exenta, sin embargo, de cierto embarazo y justificada zozobra: la visita inesperada de un pariente político del juez, por estar casado con una prima suya, pariente que, funcionario también de la judicatura, desempeñaba el importante cargo de fiscal de S. M. en la audiencia de *perro chico* cercana.

La visita en aquellas circunstancias era de gran significación porque Pedro López, que así se llamaba el fiscal, y su mujer eran de los que también estuvieron inclinados hacia el partido de Facundo Alvar.

En el corazón de la muger de Pedro López existió asimismo otro impulso que aunque de diferente naturaleza, la hizo odiar á su primo con todas las veras de su alma; pero este impulso por su carácter, á excepción de Joaquín, fué un secreto para todos y principalmente para el marido.

Impulso de inclinación y de simpatía hacia el arrogante primo, y que de haber sido alen-

tado hubiera llegado á constituir un cariño loco, un amor entrañable

La manera de ser de las mujeres de su familia, casi todas volubles y casquivanas, retrajo al entonces joven Joaquín de alentar aquella pasión que nacía. Y cuando después, en el seno de su hogar honrado, comparaba las bellas cualidades de la muger que era su compañera con las poco delicadas condiciones de los marimachos de su familia, Joaquín bendecía una y mil veces la memoria de su buen padre que tal acierto tuvo y su propia suerte en hallar en aquella María de los Angeles de su alma tan acabado compendio de todas las gracias y virtudes.

El fiscal dió á entender claramente que aceptaba la efectuada reconciliación, y aunque ni jota del particular hubiese hablado, sin mencionar someramente siquiera el impulso que había determinado su visita, claro estaba como la luz que seguía, llevado por la mano de su mujer, el camino en que los acontecimientos le colocaban. Y era esto evidente, porque en todo un año que vivieron ambas familias tan cerca la una de la otra, no se le movió el alma al fiscal para visitar á su pariente ni le había puesto siquiera dos tristes letras dándole la bienvenida.

Rumboso siempre Joaquín, porque el hijo había heredado en todo las bellas cualidades de su padre, echóse como vulgarmente se dice, la casa por la ventana y Pedro López fué agasajado y atendido de manera que él nunca hubiese soñado.

Porque en los sencillos corazones del magistrado y su muger redoblábase el contento ante consideraciones diversas: entre ellas la que produce en toda alma noble la reconciliación con los seres de la misma sangre, después de tantos años de porfiada lucha y encono, y la no menos esencial consideración de la tranquilidad y el sosiego de que en adelante gozarían aquellas hijas cabeza de turco hasta entonces de los furros y la saña criminal y el maldito rencor del cacique.

De antiguo eran proverbiales entre las cualidades del juez su esplendidez, su rumbo. Cuando vivió en mejores tiempos en la capital de su provincia entregado á las tareas de su bufete en mala hora abandonado, y antes de serle descaradamente declarada la guerra por el feroz Facundo Alvar, en aquellos felices tiempos en que comenzaba Joaquín á crearse una familia y en que todo lo veía de color de cielo y en que el encanto de sus amores invalidale enteramente el ser aportando á su corazón torrentes de ventura y dicha. en aquellos remotos tiempos de felicidad dulce y placentera, fué su casa algo así como una hospedería á la que sus parientes se creyeron con derecho en sus constantes viajes del pueblo á la capital: aquellos parientes que tan mal correspondieron y pagaron la liberalidad de Joaquín y sus atenciones.

Acudían como moscas los hipócritas al olor de la dulce miel de aquella colmena encantada, y Joaquín, que se creía en el deber de ser á todos grato y de compartir su bienestar y

sus comodidades con todos, siempre tuvo de par en par abiertas las puertas de su casa para los miserables zánganos que iban tras de un mezquino gorroneo.

Y parecerá poco real y efectivo que Joaquín, después de haber sido víctima de un miserable robo, no solo hubiera judicialmente perdonado á sus parientes, sino que perdonándoles también en el trato íntimo y dando al olvido todo lo pasado, les abriera las puertas de su casa. Acción inconcebible de sublime altruismo, como se dice hoy, sólo capaz al parecer, de cerebros desquiciados. Pero mire el lector en torno suyo y considere si en el ambiente íntimo que le rodea no ha habido algo que, por la fuerza de su buen corazón, haya perdonado y dado al olvido.

Volvieron, pues, los buenos tiempos de aquella casa aun á costa ahora de supremos esfuerzos que significaban casi un sacrificio, y Pedro López se juzgó en el paraíso los días que pasó al lado de aquellos sus parientes espléndidos y dadivosos.

## XI

Se extendía por la comarca andaluza un terror y un pánico tales que á la gente tenía el corazón metido en un puño. Susurrábase que una tenebrosa agrupación de malvados había jurado un sinnúmero de tropelías y pronto la

realidad vino á confirmar los siniestros rumores.

En el partido colindante al juzgado que don Joaquín desempeñaba, en un reducido pueblecillo, un horrendo crimen llenó de consternación al lugarejo, y no habían trascurrido veinte días, la gente aún no se había repuesto de su impresión, cuando tuvo que intervenir don Joaquín, en la villa cabeza de su judicial partido, en otro crimen horrendo acaecido con todas las circunstancias pavorosas en que el primero se había perpetrado.

Una infeliz mujer, de edad avanzada, sirviente en una casa de cómoda posición, apareció bárbaramente degollada una noche en que sus señores salieron á hacer unas visitas. Cuando los últimos regresaron á su domicilio y después de inútiles llamadas y justamente alarmados y con ellos el vecindario, hubo que descerrajar la puerta principal, y cuando los dueños de la casa, el sereno y algunas otras personas llegaron á la cocina después de haber buscado inútilmente á la criada por las restantes habitaciones, un espectáculo horriblemente inhumano se ofreció á la vista de todos y un grito de pavor y miedo, de terror instintivo salió de todos los labios.

Veíase la obra clara y precisa de un plan malvado concebido para sembrar la consternación más honda y amarga, y la actitud de aquella pobre anciana con la cabeza separada del cuello, hizo acudir á la mente de cuantos vieron el repugnante crimen, el recuerdo de aquel otro crimen recientemente cometido.

Acudió el juez en los primeros momentos y en su corazón generoso causó tan intensa impresión el delito, nunca como hasta entonces tan cínico y malvado, que juró mentalmente no descansar ni buscar sosiego humano hasta dar con los hilos de aquel trágico y miserable enredo.

Comenzó el digno magistrado las diligencias sumariales en la persuasión firmísima de que tendría que habérselas con una entidad misteriosa formada por un montón de corazones malvados agrupados en derredor de un plan terrorífico de ruina asoladora; y el hecho por sí solo de no faltar en la casa aquella turbada por el crimen, un solo objeto de tantos como debieron excitar la codicia de los malhechores, si hubieron estos obrado á impulsos del robo, daba fuerza mayor á suposición tan razonable.

En aquel tiempo aún no sonaba en las comarcas andaluzas con la fuerza y el espanto que hoy, la palabra anarquía; posible es que fuera incubándose la tendencia importada del mismísimo infierno, y que en su período de gestación asomárase al escenario de sus fechorías de tan terrorífica manera. La gente, á lo que entendemos, tuvo que designar á la sociedad aquella que presentía y adivinaba de alguna manera obscura y misteriosa como la obra sangrienta que de ella provenía, y la llamó *la mano negra*. *La mano negra* de entonces y los anarquistas de posteriores tiempos nada han tenido que echarse en cara.

El magistrado quiso hacer una obra de jus-

to escarmiento en vindicación de la sociedad escarnecida. Y con tal interés y ahinco tomó sobre sí la empresa, que aun á riesgo de la propia vida prosiguió con la febril actividad de los primeros momentos aquel proceso. No bastaron ciertamente á detenerle en su obra de justicia los anónimos amenazadores que recibiera ni el positivo riesgo que corría luchando en contra de tan laberínticos misterios... y tuvo fuerzas para destruir y anonadar al digno y severo magistrado y paralizar su obra, aquel antiguo rencor que desde niño le había perseguido, en cuya extinción había creído, y que resurgía ahora como nunca satánico.

No se ha aclarado nunca si fué sólo el afán de perder al juez por el sólo gusto de dar satisfacción á un rencor salvaje, lo que determinó á Pedro López á echar sobre sus hombros la maldita empresa, ó si instigado el fiscal por su mujer se comprometió á causar la ruina de su pariente, ó si, como también se susurraba, se encontraba entre los más comprometidos el hermano de una hembra que no era indiferente á Pedro López, ó si todas estas causas reunidas determinaron la mediación del último en el proceso. El fiscal se llevó á la tumba el secreto, pocos meses después de la destitución del magistrado, y sólo quedaron en la vida las consecuencias de aquella obra infame: un juez, digno como pocos, sentenciado; un hombre cargado de familia caminando con ella en dirección de aquel pueblo de ingratos recuerdos y la ruina y la desolación abrumadoras cercándole por todas partes.

¿El motivo y la causa del proceso? Es para pasmarse: una detención arbitraria.

El detenido era el aludido hermano de la mujer con la que el fiscal se entendía.

## XII

Tan rudo cuanto inesperado golpe apagó en el corazón del juez todas las energías. Era ciertamente para sentirse anonadado.

Luchar toda una vida para defenderse de las asechanzas y los ataques de sus injustos enemigos; ser con éstos indulgente hasta lo inverosímil por no llevarles á un depigrante banquillo en el que hubieran escuchado la sentencia de un presidio no menos infamante; no haber cometido otro delito que ser querido hasta el extremo por su buen padre, acarrearéndose con este amor, que en otra familia hubiera sido bendecido y respetado, la animosidad y el odio de aquella implacable jauría; haber contestado á los dardos de la inquina y la malquerencia con la indulgencia y el perdón, pues si una sola vez se puso de frente á sus adversarios, hizolo para salvar á un hombre honrado de la ruina, á iustigación y por consejo de un sacerdote ejemplar, su segundo padre, y porque lo demandaban así también su noble corazón y su conciencia; afrontar asimismo indulgente, la no menos despiadada



guerra de que fueron blanco aquellas dos hijas de su alma; ser engañado por algunos que se llamaron sus amigos, próceres de la política militante, y dejar su bufete esperando hacer una brillante carrera y hallar por toda satisfacción de aquellas promesas los inmundos lugarejos infestados de atmósfera corrompida, no menos venal y repugnante que aquella otra de la que á la muerte de su padre había escapado... y tras estas desencadenadas borrascas de la vida, soportadas con resignación heroica por el juez y aquella santa compañera que la Providencia le había deparado, cargado D. Joaquín de hijos para los que bastaban apenas todos los recursos, agobiado por las amarguras y los años, ver cómo se entreabrían en flotantes y rápidos girones las negras y pesadas nubes de aquella tormenta amenazante siempre, y vislumbrar un pedazo del azul del cielo, de ese cielo magestuoso que es el encanto de los que creen y el alivio y el consuelo de los que apenados, á él dirigen sus miradas.

Y tras esta esperanza fugitiva como la acción de un encantador ensueño, cuando había gustado apenas el para D. Joaquín grato sabor de una reconciliación con los suyos, y veíase al fin en un juzgado digno de sus condiciones, rodeado de personas que le entendían y apreciaban, .. nuevamente los girones en que se habian deshecho aquellas pavorosas nubes volvían á juntarse, ocultándole el pedazo de cielo, y la claridad de una luz tan prodigiosa, cual si su alma anhelante de ventura hubiera

sido juguete de un fantástico espejismo, para descargar otra vez sobre su frente los furoros pavorosos de la más deshecha borrasca...

Aquel hombre lloró como un niño. Eran las primeras lágrimas que la adversidad á su entereza arrancaba, era el llanto de la impotencia, ese amargo llanto del que ha perdido las fuerzas para luchar, del que se ve abatido y anonadado.

Y sólo le quedó desde entonces el consuelo que pudieran prestarle su amante muger y sus hijos; y deshecho todo en torno suyo, sin juzgado, sin amigos, procesado, vendido por la traición y lanzado en la rueda voraz de la vida en que el infortunio entreabre sus fáuces descarnadas, veía con espanto, y en las interminables noches de insomnio aparecíansele para consumir su desgracia y amargura, aquellas montañas cuyas cumbres corona perpétuamente la nieve, menos fría que la glacial atmósfera que en la sociedad bate de continuo á los desgraciados, aquellas montañas para él tan felices en sus años infantiles y que fueron después el infierno de sus cuitas, y enfrente el mar, acariciador con sus rumores y sus olas, poesía santa y bendita que parece condenar con su eterno canto las tropelías y los desafueros que en las montañas cercanas se cometen; y veía el angustiado D. Joaquín las torres de aquella iglesia vetusta y respetable, desierta y desanimada porque faltaba la presencia del cura Moliner, de memoria santa; y asomábase y descubría entre los accidentes de la sierra los miserables lugarejos, medio ocul-

tos como poseídos de envidia y atisbando la arrogante actitud del *balcón de la Alpujarra*; oreaban sus sienes perfumes frescos y gratos de las silvestres emanaciones de la sierra y el aire puro y refrescante entraba en sus pulmones con gérmenes de tonalidad y vida, y cuando más complaciale tan risueña perspectiva, las caras de sus parientes con sus sarcásticas y provocativas muecas, de Facundo Alvar y de su mujer, de todas aquellas fieras, ponían amargura y miedo en su corazón, congoja y espanto en su alma,....

Se decidió D. Joaquín á defender personalmente su causa, haciendo un sobrehumano esfuerzo y fiando en la justicia y en la rectitud de sus acciones y en aquella elocuencia, discreción y tino con que á tantos había salvado, y no meditó las circunstancias que habían de pesar desfavorables en la vista: ni sus achaques y sus años, ni el aplanamiento moral en que aquel cúmulo de injusticias y horrores le había sumido, ni la falta de energías en su corazón, ni que tenía que habérselas con el malvado Pedro López, alma y vida de aquel proceso é interesado en hundir á su pariente en la perdición y la ruina.

Allá fué la víctima de aquel miserable enredo, ¡fiado también en la humana justicia! y el resultado fué digno remate de la conjura tenebrosa: la sentencia le incapacitaba para seguir en sus funciones judiciales y daba al traste con su carrera.

Y cuando abrumado ya hasta el extremo del más consumado acabamiento físico, regresó á

su hogar en donde con ansiedad loca era esperado, el llanto de aquella víctima de los humanos furores mezclóse y se confundió con el triste y silencioso de su mujer y de sus hijos.

Y cuando los primeros desahogos del corazón oprimido se hubieron algún tanto calmado, y las caricias de los suyos, más consoladoras en aquella ocasión que en ninguna, hubieron demostrado al ex-juez que todo podían los hombres arrebatarse á excepción del entrañable amor y respeto de los suyos, don Joaquín dijo á éstos, dando á su entonación el mayor grado de tranquilidad posible:

—Condenado y destituido, este es el fallo. Acatémoslo como una prueba más de las que hemos hallado en nuestro triste camino y no hay para qué desesperarse. Bien mirado, otras familias vivirán en peor situación de la que á nosotros nos espera. Enjugad vuestro llanto, recobrad el ánimo y tened confianza en Dios. Yo á mis años y con mis achaques, no tengo fuerzas para volver por mi fama como abogado y serían inútiles por lo tanto mis tentativas. Bien me lo ha demostrado la experiencia. Ahora lo que conviene es en el menor plazo posible salir de este pueblo que se me cae encima y marchar á aquel otro pueblo en donde reposan las cenizas de mis padres. Allí la vida es económica y hay que estar sobre aquellos pocos bienes porque es el único patrimonio que nos resta.

## XIII

Facundo Alvar comenzó á sentir, aunque tarde, resquemores y sospechas de la conjura que en contra suya se tramaba. Era Jacobo Casas, aquel zascandil á quien el primero dió la mano para que se encumbrara y creciera, el motor principal de la liga que secretamente primero, más descaradamente á medida que sus fuerzas crecían, se había extendido en el pueblo para restar influencias al cacique é inutilizarle.

Tarde echó el último de ver la intriguilla, y de tal manera había depositado su confianza y su influencia en Jacobo, que era ya punto menos que imposible deshacer lo hecho y volver atrás en el camino emprendido. A Jacobo Casas veníale estrecha aquella lugartenencia política á que estaba encadenado y ansiaba romper estas cadenas para erigirse en señor absoluto de la situación y á su antojo dominarla.

Cuando llegó Jacobo al pueblo no tenía dos miserables pesetas ni sobre qué caerse muerto, y en los años que iban transcurridos había comprado fincas en el término y en otros colindantes, y como decía la gente del pueblo en su característico lenguaje, no se dejaba cortar una oreja por diez mil duros. De donde saliera este dinero parecía un enigma, pero el

misterio se deshacía y el cohecho y el abuso ofrecíanse á la consideración del más tonto en cuanto se ahondaba un poco en la vida y en la manera de ser y en los procedimientos de Jacobo Casas.

Era este listo para el mal como un condenado y nadie le ganaba en confeccionar un presupuesto y en llevar para su bolsillo el dinero consignado en un libramiento ilegal. Aquel pingüe *negocio* y otros por el estilo á que también se dedicaba, como dar dinero con un interés exorbitante y con la garantía de una hipoteca para apoderarse después de la finca hipotecada, eran los medios de que se había valido para levantar su casa y su fortuna; y á fé que el mocito prometía, si no le iban á la mano, hacerse dueño de media Alpujarra.

Facundo Alvar, aunque tarde, quiso atajar el ascendiente que iba tomando su asociado. Espiaba como podía sus pasos y estaba dispuesto á arrancarle la careta á la primera ocasión. Y no era que deplorara el cacique el crecimiento de Jacobo por las consecuencias sociales que se entrevían al final de su encumbramiento y por los medios de que para conseguirlo se valiera. Tal sentimiento hubiera sido digno y humano y estas cualidades estaban de antaño reñidas con el corazón de Facundo.

Bueno era que Jacobo comiera á dos carrillos y que ocupara al lado de Facundo, por necesidad imperiosa el puesto de lugarteniente, de consejero, de guía, *leader* diríase en una novela aristocrática; pero pretender socavar-

le los cimientos de aquel edificio tan mañosamente levantado y querer alzarse con la disputada jefatura... ¡ya vería el miserable cómo la gasta un cacique incomodado, cuando se pagan su protección y sus liberalidades con la traición y la hipocresía!

Contertulio de Facundo Alvar era un sujeto que habiendo heredado junto al cacique las funciones que desempeñara el *tío* Gallardo, parecíase también á éste, por un capricho de natura, de prodigiosa manera.

Alto y recio como un mostrenco, su musculatura y lo ancho de sus espaldas, su elevada estatura y el metal de su voz aguardentosa, traían á la mente del que por primera vez le viera, la memoria de aquel insufrible matón que acabó á mano airada; y si el corazón de Pepe Acuyo, que así se llamaba este nuevo personaje, hubiera latido á impulsos de aquel valor temerario y loco que fué la perdición del *tío* Gallardo, creyérase que éste, no aviniéndose con el silencio y la tranquilidad de la tumba, habíala abandonado para andar otra vez por el mundo dando disgustos y sobresaltos.

Pero en Pepe Acuyo lo que sobraba de cuerpo faltaba de corazón: era una naturaleza desequilibrada, truncada ferozmente por la abundancia de huesos y de carne y la escasez de corazón y de nervios. Como la de Pepe Acuyo, hay muchas naturalezas.

Desempeñaba en el pueblo el cargo de maestro de escuela, y si se le hubiera tomado por ejemplo y prototipo del *dómine* rural, hubié-

rasede reputado por sarcástica leyenda la escualidez y el constante ayuno que en los de su clase son proverbiales. Tal era el aspecto de robustez que denotaba.

Ya sabía Pepe Acuyo lo que se hacía, porque como listo, lo era. Tenía talento que competía con el de su jefe. En las oposiciones que hizo para ganar aquella escuela, demostró al tribunal que bajo una tan grosera apariencia se escondía una inteligencia no vulgar. Por esto se le dió la mejor escuela de todas las que salieron á concurso.

De familia modestísima y sin recursos, tuvo perseverancia y tesón para hacer los estudios necesarios á costa de mil contrariedades y fatigas. Si Pepe Acuyo hubiera nacido en más elevada esfera, hubiérasele tenido por un talento. Nació de padres pobres y nunca pasó de maestro de escuela: hasta aquí llegaron sus energías intelectuales por falta de medios.

Por todas estas razones gustaba de él de modo extraordinario el cacique.

Pepe Acuyo fué el encargado, con su tacto y su perspicacia, de confirmar en el ánimo de Facundo las sospechas que abrigaba con respecto á Jacobo.

Disponíanse para en breve unas elecciones municipales y le había dado en la nariz al maestro de escuela que todos los candidatos elegidos entre el cacique y su lugarteniente eran hechura del último; y si no lo eran ya con abierto descaro, trataba Jacobo de volverlas exclusiva y enteramente á su devoción y á su servicio. Esto era lo más espantoso que pudiera acaecerle á Facundo Alvar.



## XIV

En la inmensa cocina de la casa que Facundo Alvar mandara construir con tan poéticas vistas al medio día, hallábase reunida la tertulia más íntima del cacique.

Se habían ya ausentado algunos de los amigos que concurrían todas las noches para charlar al amor de la lumbre y hacer pleitesía y vasallaje á Facundo, y sólo quedaban éste y su muger, la hija del primer matrimonio de Martirio, de este mismo nombre, hembra de pelo en pecho y muy sagaz y muy metida en política, una prima de la muger del cacique, que parecía entendérselas con Pepe Acuyo, viuda y adinerada (¿se inclinaria tan lealmente el maestro al cacique llevado más por el olor de los cuartejos de la prima que por cualquier otro impulso?), el boticario que era un consumado trápala, y el nervio de aquella reunión, aunque parezca paradójico, el indispensable Pepe Acuyo.

El lugar de la reunión, la cocina inmensa, era digno de prolijo estudio. Enfrente del hogar, dando á un estrecho callejón, veíase una puerta con gran cuidado cerrada que correspondía á un balcón situado á mediana altura. En una mesa grandísima de nogal prehistórico, con las patas entrelazadas por dos hierros labrados, cruzados desde el borde inferior de

la recia tabla hasta los dos travesaños, se veía un velón de un metro de altura, de cuatro mecheros, con sus tijeras y su capuchina colgantes para despabilarlo y apagar la luz, tres ó cuatro libros diseminados con algunos periódicos de cinco fechas, los sombreros del maestro y el boticario á falta de una percha en donde ponerlos y las comenzadas calcetas de las hembras que allí se congregaban y que habían dado de mano á su tarea animadas por el calor de la conversación. Un gato negro y blanco se entretenía y jugaba con uno de los ovillos que había conseguido atrapar tras de inauditos esfuerzos.

Enfrente de la mesa un reloj metido en su larga caja parecida á un féretro, dejaba escapar el tic-tac acompasado de su fábrica y el péndulo meciéndose á través de un redondo cristal, denotaba al par de aquel rumor monótono, que funcionaba el reloj satisfactoriamente.

Hasta dos docenas de sillas se contaba en la cocina espaciosa y aun hueco había á lo largo de las paredes para colocar algunas más. Y próximo al hogar, como quien dice á la mano y como el máspreciado mueble, junto al sillón presidencial que ocupaba el cacique, se veía un estante de regulares dimensiones y en él aquellos de los libros más indispensables á Facundo: diccionarios y obras de administración que el cacique se veía forzado á consultar con mucha frecuencia. En la especie de repisa en que terminaba el estante, una perdiz metida en su jaula escondía la cabeza bajo un ala y dormitaba dulcemente.

En medio de la habitación una mesa redonda, de las llamadas de camilla, para los que quisieran pasar las horas entretenidos en cualquier juego, y encima de la mesa y sobre un tapete de franela de chillones y complicados dibujos, un quinqué ahora apagado, porque en las cocinas de aquellos pueblos en el tiempo de nuestro relato, con la mortecina luz de un velón y la rojiza que despedía el enorme tronco de encina que se consumía en el hogar, tenía aquella gente bastante para verse y entenderse.

En frente del lugar ocupado por el cacique, un canapé inmenso también de nogal, cubierto de almohadones, servía de asiento á las mujeres ó á los que llegaban antes cuando éstos, cosa frecuente, no eran muy duchos en urbanidad y buenas formas, y medio tendidos los contertulios en aquel cómodo mueble de notaban marcadas reminiscencias de los usos y las aficiones moriscas que por tan luengos siglos imperaron en aquellos pueblos.

Fué Pepe Acuyo el que rompió el silencio cuando la tertulia íntima quedó libre de trabas. Y lo rompió disparando á boca de jarro á su jefe estas palabras alarmantes:

—Las sospechas que V. abriga de Jacobo Casas puede convertirlas en evidencia, á menos que como Santo Tomás, espere V. que Jacobo se lo diga. Y si cree V. en mi fidelidad, si le basta mi testimonio para creer firmemente, yo puedo referirle un lance de tanto bulto que con él quede V. cumplidamente satisfecho.

—Eso es lo que yo quiero y necesito, pruebas que me convenzan de una vez para arrancarle á ese ingrato la careta y remediar, si aún es tiempo, los males que su ambición pueda acarrearle. ¿Tienes tú esas pruebas?

—¡Cuando él lo dice!—replicó la viuda.

—Anoche—contestó Pepe Acuyo—se reunieron en casa de Jacobo con éste Andrés Zurita, Juan Hervás, *Castelar*, Pepe Alvarez, Ramón Tenorio y otra porción de ellos. Y no es extraño que se congreguen en dicha casa como si Jacobo fuera el jefe...

—Como que así se lo ha hecho creer éste á ese canalla—interrumpió la mujer del cacique.

—Lo extraño --prosiguió el maestro-- lo raro y anormal es la hora elegida para reunirse. A la una de la madrugada iban saliendo todos ellos, sigilosamente, uno á uno de la casa de Jacobo. ¿Lo que trataron? ¡Vaya V. á adivinarlo! Nada bueno. Quizás un plan de traición en el que seremos las víctimas.

—¿Y tú les viste salir?—preguntó Facundo, que respiraba apenas.

—Como le estoy á V. viendo ahora. Porque yo, que como se sabe participaba de las sospechas de V., hace tiempo que les vigilo y les celo. Casi embutido en la rinconada próxima á la casa de Jacobo, pasaron todos rozando sus capas con la mía. Y en buen aprieto me vi conteniendo hasta la respiración para que no me descubrieran, y gracias á que la noche estaba como boca de lobo pude pasar desapercibido. Y esto que he hecho por V. no lo ha-

ría ni por mi padre si viviera, que ya V. conoce mi manera de pensar y sabe que no me gustan las trapisondas y los líos de cierta especie.

Facundo Alvar dió las gracias con un gesto casi imperceptible á Pepe Acuyo. Luego, con la cabeza echada sobre el pecho, los pequeños ojos, á través de las espesas gafas, fijos en las ascuas que se desprendían del tronco de encina, parecía pedir á aquel fuego todo el calor que encerraba para que se inflamaran su corazón y su mente en ardentísimos deseos de venganza y en una idea salvadora que atajara los planes del ingrato Jacobo.

Nadie se atrevió á turbar la actitud del cacique; la camarilla íntima contemplaba con respeto el efecto causado por las palabras de Pepe Acuyo.

Al cabo de unos momentos, Facundo Alvar dando un tremendo puñetazo sobre el brazo derecho del sillón que ocupaba, dijo con irritación y coraje:

—Hay que destruir á ese villano, á ese infame que me es deudor de cuanto tiene y de lo que vale y que de tal manera me traiciona. ¿Cómo lo conseguiré? No lo sé, no lo puedo calcular en este momento.

—¿Por qué no utilizar á los yernos de tío Joaquín en contra de Jacobo? indicó la hijastra de tal padrastro.

—¡Tío Joaquín!—exclamó el cacique dando á su semblante distinta expresión y sintiendo arder en su pecho el bárbaro consuelo de una iniquidad consumada—¡Que les vayan á tus

primos con embajadas amistosas, después de lo que ha hecho con tu tío, nuestro buen Pedro López! ¡Buenos están de coraje para ir otra vez brindándoles amistad! Ellos tienen ahora bastante con esperar al señor ex-juez que todo agachado y cariacontecido se presentará de la noche á la mañana en este pueblo que tanto ha despreciado para venir al cabo de sus días á explotar el miserable terruño.

Las últimas palabras de Facundo Alvar se confundieron con un ruido al principio extraño que provenía del balcón situado frente al fuego; pero en un segundo se hizo tan acentuado el ruido y tan significativo y comprensible, que el boticario, participando de la general sospecha, corrió con presteza al balcón y abrió rápidamente sus maderas. La densa oscuridad de la noche, en aquellas calles sin alumbrado público, no hubiera permitido ver nada, pero el boticario percibió y también los otros, que se habían agrupado á espaldas del primero, el rumor de unos pasos que se alejaban acelerados.

Era claro y evidente que alguien subiéndose al balcón había estado escuchando; y que por un descuido inevitable dada la oscuridad de la noche, al asirse de los barrotes para descender, cogió uno entre sus manos cuyo extremo se había salido de la barra á que estaban unidos, y que al agitarse chocó con los que tenía á entrambos lados produciendo un ruido que se asemejaba al de un cencerro cascado. Este fué, á no dudar, el alarmante rumor que escucharon el cacique y su camarilla.

## XV

El ex-juez y su familia se instalaron en el pueblo, y aceptando el primero aquella nueva contrariedad de la vida con la resignación de que siempre había dado ejemplo, dispúsose á afrontar la situación creyendo que la presente amargura sería la última de aquella serie interminable de desastres.

Mezcláronse las lágrimas de los que llegaban al destierro con los que metidos en él ni aun noción conservaban de la más pasajera dicha. Porque las hijas de D. Joaquín que vejetaban en el funesto pueblo, no podían considerar como dichosos los momentos de la reconciliación con sus parientes ante las amarguras que después sobrevinieron; y dada tregua á las primeras expansiones del cariño dispusiéronse todos á hacer más llevadera la situación entre los lazos del amor que les unía.

Pero no, ya no habría descanso en la jornada penosa y el drama se precipitaría con pasos agigantados.

Y sobrevino el drama, con la locura espantosa primero, con la atonía y el agotamiento físico después, con la muerte en último grado.

La primera revelación de aquella locura tóvula el hijo más pequeño, que por esta y por otras consideraciones nacidas del maternal cariño, era el preferido. Ocurrió la

escena en pleno día, cuando el sol en ninguna región como en aquella tan vivificante y grato entraba como un rayo de esperanza y consuelo en la habitación que servía al pequeño de retiro y para entregarse en ella á la triste consideración de su porvenir oscuro.

Por esto era tenido Andrés, que así se llamaba el chiquillo, por un misántropo. Rehuía las expansiones propias de su edad, y en aquel retiro confidente de sus más amargos pensamientos, entrégase con ardor al estudio, con la espera instintiva de un mañana que le abriera más amplios horizontes. Y más de una vez tuvo que entrar la cariñosa madre á distraerle de sus estudios y preocupaciones para que dejando estas y aquéllos, esparciera y refrescara el ánimo.

Trazaba Andrés unos apuntes y sintió que abrían lentamente la puerta, y calculando por las constantes interrupciones de su buena madre lo que la presente significaría, volvióse con la sonrisa en los labios hacia María de los Angeles para implorar indulgencia por algún tiempo; tal era el entusiasmo con que estaba entregado á su tarea.

Pero la sonrisa que se había dibujado en los labios de Andrés quedó convertida por el espanto en una mueca. Un doloroso escalofrío recorrió todo su cuerpo y se produjo en su garganta un grito inarticulado, indefinible.

Su madre, en pleno día, á la luz de aquel sol espléndido que entraba acariciador hasta la mesa en donde Andrés escribía, llevando en una mano un quinqué encendido, cuya misera-



ble luz no se extendía más allá del círculo que su natural reflejo proyectaba, su madre cuyo semblante aparecía revestido de una gravedad que chocaba con la actitud en que se había presentado, con ese silencio augusto precursor de las grandes catástrofes, buscaba tras de los muebles de la habitación alguna cosa.

Se encontraron las miradas de la madre y del hijo, y el espanto que Andrés denotaba hizo asomar una indefinible sonrisa en los labios de María de los Angeles, sonrisa que acentuándose más y más se descompuso en una crispante carcajada.

—¡Crees que estoy loca! ¡Pobre hijo mío! No, aún no he perdido la razón. No te alarmes y sigue trabajando; yo busco un pañuelo que se me ha perdido.

Y el acceso se acentuó más después de pronunciar María de los Angeles las anteriores palabras. Y sólo tuvo tiempo Andrés de saltar rápidamente al lado de su madre para salvarla de un horrible peligro, porque el quinqué se le había escapado de las manos vertiéndose por todas partes el inflamado líquido.

Cuando á los gritos desesperados de Andrés acudieron su padre y hermanas y algunos vecinos que pasaban en aquel momento por la calle, aún quedaba tiempo de evitar que fuera mayor la horrible catástrofe. La infeliz demente se retorció con la desesperada elasticidad de la convulsión entre los brazos de su hijo, y junto á ellos comenzaba á arder un cofre rociado con el inflamado petróleo.

## XVI

Aquel organismo no había podido soportar tan rudos y continuados golpes y su excesivamente nervioso temperamento provocó la tremenda crisis en que se oscureció la razón entre las sombras tristes de la locura.

Solo faltaba tamaña prueba en el corazón abatido del ex-juez que soñó inocente, no hallar nuevos dardos en su aciago camino. Y aquella prueba pavorosa como ninguna, porque llevaba en sí todos los sufrimientos horribles que pueden lacerar el corazón mejor templado y el ánimo más fuerte y sereno, significaba por su magnitud la pérdida de las últimas ilusiones, ilusiones de la vejez que sueña con un retiro tranquilo, libre de los embates y las borrascas de la vida, sin las trabas sociales que son un tormento más para los que sufren, consagrados los años postreros de una tan amarga vida á los hijos queridos que se agruparían en torno de D. Joaquín para consolar su vejez y á una compañera siempre amante, copartícipe de los pasados infortunios.

Y venía el golpe directo, al radio de aquellas postreras ilusiones, fugitivas y vanas como la más tenue neblina, al centro de aquel corazón lacerado, á herir implacable en la mente de aquella compañera de su alma, turbándola con las oscuridades tenebrosas de la demencia..!

Juntaron como nunca su amor los hijos y aunaron su interés amante y sus esfuerzos para cuidar á la infeliz loca y redoblaron en su corazón el entrañable afecto que sentían hacia aquella madre desgraciada y hacia aquel buen padre herido por los dardos implacables del destino. Y púsose todo en movimiento y conmoción para aliviar la situación aquella, y uno de los hijos ausentes, que cursaba con aprovechamiento el último año de medicina, fué inmediatamente llamado, por no confiar la curación de María de los Angeles á la ignorancia y al descuido de los mediquillos rurales de los contornos, más dados á la política ó á cualquier otro mezquino pasatiempo que á la misión sagrada que la sociedad les había encomendado.

Noches horribles fueron aquellas en que se pasaron los primeros días de la enfermedad, porque en la noche eran más frecuentes los accesos y había que afrontarlos y sufrirlos, no con la calma fría y la instintiva impasibilidad del loquero asalariado, sino como hijos que adoran en la que les dió la vida y contemplan á su madre víctima de enfermedad tan espantosa. Y rigiéndose por un turno en el que todos se disputaban el primer puesto, pudieron irse venciendo los primeros días de tan amarga prueba.

No se sabe quién de los extraños que entraban y salían para embarazar á los de casa é importunarlos, indicó la conveniencia de un viaje con la demente á la capital y la reclusión en el manicomio. Escudóle su ignorancia de

la indignada protesta que sus palabras levantaron, y cogiéndole uno de los hijos por un brazo, le señaló la puerta de la calle diciéndole:

—Aquí solo agradecemos el consuelo discreto. Antes moriríamos que llevar á nuestra madre á un manicomio. Cuando á todos nos haya acabado esta lucha, Vdes., los que manejan en el pueblo, pueden tomar el partido que quieran.

Y el hombre con las orejas gachas, comprendiendo que había dicho una bárbara indiscreción, tomó sin más palabra el indicado camino.

Por fortuna de aquella familia triste, y como un rayo de consuelo en medio de la situación angustiosa que les rodeaba, los accesos de furor no eran frecuentes. Sólo de tarde en tarde presentábanse con los caracteres de una convulsión desesperada, como la que sobrecogió al pobre Andrés en su habitación de estudio. Después sobreveníá el agotamiento físico y sólo quedaba de aquella madre infeliz una masa inerte, sin más expresión de vida que el fulgor siniestro de sus hermosos ojos y las incoherencias de su turbada mente.

La nota predominante en la locura de María de los Angeles era el afán de componerse y lucir las galas y las joyas de mejores tiempos. Y la gran señora aparecía á la vista empañada por el llanto de los suyos, compuesta y ataviada como en sus tiempos más felices, en que una posición desahogada resarcíala con el amor de su marido y de sus hijos de ciertas

contrariedades y amarguras. Y era ciertamente desconsolador y triste, y como un sarcasmo de la suerte cruel é implacable, la contemplación de aquella desgraciada madre que se creía feliz y en brillante posición cuando á sus hijos les ahogaba la pena y en los momentos en que D. Joaquín había tenido que deshacerse de una de las pocas fincas que le quedaban para afrontar y poder subvenir á los inmensos gastos de aquella situación dolorosa.

Esto y el sentimiento de la caridad llevado también hasta el delirio por su perturbada mente, eran las más frecuentes fases de aquella demencia de María de los Angeles, demencia que manifestaba, en el estado en que no existen fingimientos, la hermosura encantadora de su alma.

De locura simpática la había calificado un amigo más discreto que el que propuso lo del manicomio, y tenía razón el que tal dijo; que si la demencia de un ser querido no invadiera el alma de infinita amargura, fueran ciertamente un bienhechor consuelo, con las expresadas manifestaciones de grandeza, aquellas liberalidades, aquel afán caritativo que impulsaba á la demente á entregar sus vestidos y sus galas á las pobres mugeres del pueblo que cubiertas de andrajos conseguían de la familia ver á la señora que tantas mercedes, antes de perder la razón, les había hecho

A tiempo llegó el hijo ausente de atajar y poner remedio á la enfermedad. Educado el joven médico en una de las Facultades más famosas de España, en la Facultad gaditana,

cuyo claustro lo componen sabios y cuyos alumnos son un plantel de esperanzas para la ciencia, acometió decidido la curación de su madre idolatrada, con ese afán, con ese ahinco, con ese tesón bendito de la ciencia que prevé el vencimiento.

Y haciéndose desde el primer momento cargo de la revolución que se había operado en aquella naturaleza y de que la locura tenía remedio si éste con tiempo se aplicaba en la esfera más adecuada y justa á la tremenda crisis, no descansó, no desmayó un momento en su empresa, y con la constancia de un héroe, y con el acierto de esa bendita ciencia cuyo envidiable ministerio debe enorgullecer á los que la practican entre todas las cosas por amor á ella, consiguió la reacción apetecida: dominar la crisis y aquellas exuberantes energías del sistema nervioso.

Recobró alientos la familia y comenzó á ver las cosas de otra manera. Nuevamente el horizonte abríase y se desencapotaba de los espesos nubarrones que lo ocultaron á la vista de aquellos cuitados seres; y aquel triunfo era más grato que todas las satisfacciones y los halagos todos de cualquier otro género: más grato que la sinceridad de una reconciliación con los parientes, si aquella hubiera existido, más que un indulto y una restitución de los tribunales, reintegrando al ex-juez en sus judiciales funciones, más, en fin, que todos los triunfos imaginables, porque se trataba de la curación de una mártir que recobraba al fin las luces de su razón, y del acierto de un hijo

que ayudado de Dios y de la ciencia comenzaba de tan prodigiosa manera en su madre idolatrada el ejercicio de su sagrado ministerio.

Y á los pocos días, para completar tan legítimo contento, con una satisfacción de diferente naturaleza, pero que afectaba íntimamente á la reputación del ex-magistrado, los tribunales superiores, reconociendo las circunstancias favorables que la animosidad y el encono de Pedro López no quisieron ver, y que abonaban á D. Joaquín en el descuido por el que se le había condenado, dictaron un indulto, aunque sin reposición, pero indulto al fin y al cabo. Si D. Joaquín hubiera tenido influencias, la reposición hubiera acompañado al indulto completándose así aquel acto de vindicación y de justicia; pero en aquellos tiempos como en estos, la justicia humana y todas las consideraciones de la escala social que concluye en los templos de Themis y Astrea, han sido y son patrimonio de los influyentes.

Y es que en la vida de aquel héroe de los humanos contratiempos, de aquel mártir elegido por Dios para soportar las injusticias de la tierra en sus aspectos más repugnantes, para galardónarle después con el premio inmarcesible de su celestial justicia, en la vida de aquel hombre, como por un capricho de la suerte que habría de hacer mayor la recompensa infinita, allí daban tregua y descanso los embravecidos embates de la adversidad, con alguna ráfaga de luz consoladora, donde se preparaban otros mayores, desencadenados é iracundos.

## XVII

A las tristes escenas de la locura desconsoladora sucedieron la tranquilidad y la calma más invidiables, así como á los estragos de la deshecha borrasca suceden en la atmósfera aires purísimos de celestial consuelo y en la tierra el reposo bienhechor. Y la enferma conservando apenas un ligero recuerdo de la tremenda crisis, como el que sale de una mortal y sofocante pesadilla, entregóse de lleno á una impasibilidad y atonía que contrastaban con su antigua actividad y viveza de genio.

No vieron en esto D. Joaquín y sus hijos los funestos síntomas de un próximo desenlace, antes tomaronlo como indicio de una curación completa y portentosa que ofrecía en todos sus órdenes el remedio á los pasados males, y dieron gracias al Señor que tan acabadamente les libraba de la tremenda lucha en que habían probado el temple del corazón y la firmeza del alma.

Y ciertamente serían miradas con agrado por Dios las manifestaciones de gratitud de aquella familia; porque la bendita Providencia siempre vigilante y en socorro siempre de los buenos, no había querido que la muerte extendiera la pavorosa negrura de sus alas en derredor de María de los Angeles, en tanto apa-



reciera turbada su mente por la no menos pa-  
vorosa negrura de la demencia.

El joven médico, obrada la curación apete-  
cida, se despidió de los suyos, llamado por ur-  
gentísimas ocupaciones, y aquella familia vol-  
vió nuevamente á la realidad de la vida, con-  
centrándose, digámoslo así, en un solo y uná-  
nime pensamiento: el cariño recíproco más  
grande y profundo.

Aquel pequeño Andrés, que era el encanto  
de sus padres y en particular de aquella madre  
benedicida porque veía ésta en el menor de sus  
hijos reflejado en gran manera su carácter,  
cambió radicalmente su modo de ser, y á su  
anterior alejamiento en el que hallara tantos  
consuelos á sus amarguras y á sus tristes re-  
flexiones, sucedió la más cariñosa asiduidad  
y el más constante desvelo en torno de su  
madre. Quizás el pequeño temía con vago é  
instintivo presentimiento la consumación de la  
desdicha y el rudo golpe que á su casa ame-  
nazaba.

La inmovilidad de la enferma prestábase á  
todos los afaues y cuidados; y el hijo, que co-  
nocía cuánto era el amor que su madre le pro-  
fesaba, amor entrañable y puro no comparable  
con ninguno otro, y que sabia que los grados  
de aquel santo cariño ponían una venda en los  
ojos de María de los Angeles para agigantar  
ese simpático amor propio de toda madre que  
vé solo bellezas en las obras del hijo querido  
y reputa á éste de genio á poco que descuelle  
en alguna cosa, el hijo, decimos, puso la ter-  
nura más grande en su afán y en su cuidado

y haciendo depositaria de sus trabajos á María de los Angeles, la rendía cuenta de sus grandes inclinaciones reveladas en pueriles entretenimientos á que había consagrado su alejamiento y su retiro.

Y escuchaba embobada la enferma la lectura de aquellas lucubraciones que sin revestir importancia alguna antojábansele á ella el envidiable fruto de un talento, de un genio que alguna vez cobraría fama para asombrar al mundo con el producto de sus concepciones. Y ora en estas lecturas, más gratas y placenteras que todos los eucantos humanos, ora entregados á la oración y al rezo que se elevaba sincero y puro del corazón al cielo pidiendo á Dios su poderoso auxilio y la gracia de una reposición para el ex-juez y los elementos precisos para que aquel hijo como los otros pudiera cursar una carrera y dar satisfacción á sus nobles aspiraciones, traseurrían tan plácidas veladas á principio del invierno crudo, al amor de la lumbre que en el hogar se consumía.

No es noble, no es humano, no es racional ni lógico, no puede entrar jamás en la mente por atrofiado que esté el corazón y por helada que esté el alma, que el hombre olvide los rezos de su infancia y las horas placenteras de su niñez, deslizadas junto al regazo bendito de su madre que presta el más puro calor y brinda el más reparador consuelo, para entregarse necio tras la sombra fugitiva de locas quimeras y para correr insensato al negro abismo de la incredulidad repugnante. Andrés

no olvidó jamás estas inefables horas de su vida y conservó siempre por esto en el fondo de su alma un amor entrañable á ese Dios providente y bendito que restableció en la mente de la enferma la razón, enviándola otra vez las luces de la inteligencia para llamarla en esta disposición, purificada, y hacerla merecedora de su eternal recompensa.

Las horas transcurrían placenteras, como llevamos dicho, y sólo faltaba la reposición del ex-juez que se estaba gestionando para completar aquella ventura. Y en la casa no se pensaba sino en el amor de unos á otros, en atender á la enferma con todos los cuidados imaginables para que recobrará las fuerzas perdidas en la pasada crisis y en formar proyectos para un porvenir no lejano: Andrés había obtenido de su padre la promesa de que si para en breve no llegaba la reposición, le enviaría á la capital, aun haciendo un sacrificio, para que cursara Filosofía y Letras, cuyas enseñanzas tan cumplidamente se avenían con sus inclinaciones.

Y el eco de todo rumor extraño, los chismes y los enredos de la vecindad quedábanse á la puerta detenidos por la severa actitud de don Joaquín, que no quería turbar con las miserias de la calle la convalecencia de María de los Angeles. Y las intriguillas y las luchas de Facundo Alvar y de los suyos no traspasaban por tanto aquellos umbrales, y eran miradas con profundo desdén, con instintivo asco.

Cumplióse á este tiempo la voluntad de Dios, y una noche de triste recuerdo, al mediar sus

horas, el ex-juez y el hijo predilecto que dormía en una habitación contigua á la de sus padres, despertaron sobresaltados, medrosos y desavoridos por la fuerza de un ronco grito que nada parecía tener de humano.

Presintiendo instintivamente la catástrofe tiráronse ambos del lecho y corrieron presurosos al de la enferma. Esta, medio incorporada se llevaba ambas manos á la cabeza con la desesperada actitud de querer contener algún inmenso peso que la oprimiera, y en sus ojos veíase retratado el espanto. Era inevitable la catástrofe; María de los Angeles estaba herida de muerte.

Buscáronse los primeros remedios que en su aturdimiento juzgaron padre é hijo favorables, y corrió Andrés á avisar á sus hermanos, y en aquella misma hora fué despachado un propio, el buen José Rey, que á pesar de los años transcurridos se conservaba recio y duro como un roble, á un pueblo de los más cercanos en el que residía el único médico digno por su ciencia de ser llamado en aquel apurado trance.

Pero apaciguados los tormentos de los primeros instantes, comprendió la enferma que otro médico necesitaba más necesario á su próximo acabamiento, y aquel buen sacerdote que lamentaba con el alma los ineficaces frutos de la reconciliación que había llevado á término entre los diversos individuos que componían la numerosa familia de los Santisteban, aquel ejemplar ministro del Señor, nuevo San Vicente Ferrer en sus deseos de paz y concordia, fué llamado á la cabecera de María de

los Angeles, y en presencia de la Santísima Virgen cuya imágen mostrábase en una Dolorosa colocada junto al lecho de la enferma, recibió ésta los auxilios de la religión; y fortalecida con ellos, y después de despedirse de todos los suyos, de su compañero de su alma siempre amado, de sus hijos presentes á los que recomendó la más perfecta unión y el cariño siempre inalterable, entregó su alma en brazos de su Creador, aquella santa, aquella mártir.

## XVIII

Fué el trance por su importancia y por las circunstancias que lo acompañaron, de esos que dejan en el alma recuerdo que termina sólo con la vida.

Sintióse María de los Angeles morir y con un arranque sublime de profunda fé y consoladora energía tuvo fuerzas para asir el cuadro de la Virgen y descolgarlo. Y sobre su pecho que desgarraba la convulsión de la agonia, contemplando aquella celestial actitud de sobrehumano sufrimiento con que imperfectamente el artista había trasladado al lienzo el dolor más grande de todos los dolores... su mirada postrera fué la mirada del justo, esa mirada por la que suspiraba el poeta cristiano, el inmortal Zorrilla, en uno de sus más acabados cantos, y su último suspiro para aquella Virgen de los Dolores que la prometía

el inefable consuelo de sus gloriosas recompensas.

Cayeron los hijos de rodillas en derredor de aquel lecho que contenía aún caliente el cadáver de la madre idolatrada y el rumor de sus sollozos y su llanto hizo comprender á D. Joaquín que todo había concluido. Y fué un momento pavoroso; porque el ex-juez, víctima en los primeros instantes de una excitación horrible, parecía amagar con la pérdida de su razón ó con el acabamiento de las pocas energías que le quedaban.

Traspasado de dolor, loco de pena, sintiendo en su ser un fenómeno extraño que oscurecía á veces las luces de su mente y á veces hacíale rugir amenazador en contra de los hombres malvados, de sus labios salieron los justificados reproches á que eran merecedores sus enemigos, aquellos miserables seres culpables de su perdición, de su ruina, de los infinitos tormentos que laceraban su alma. Y los hijos dejando por unos momentos el cadáver de su madre, tuvieron que acudir en auxilio del padre exaltado y aplacarle con sus caricias y sus lágrimas.

Fué amortajada María de los Angeles, y cuando las hijas se entregaban á esta desconsoladora cuanto humana tarea, como viera D. Joaquín algún tanto calmado, que se disponía á ayudarlas aquella parienta suya, prometida de Pepe Acuyo, que con otras había acudido al saber la catástrofe, renaciendo su exaltación nuevamente, dijo con una voz poderosa y llena de autoridad y firmeza:

—No, no, que nadie, ¿lo entendeis? que nadie toque para nada el cuerpo de esa santa, sino sus hijas.

Era la noche del 8 de Diciembre, día este de la Purísima Concepción, la noche en que estuvo María de los Angeles de cuerpo presente, noche triste como el recinto de un cementerio, desconsoladora como el silencio de la tumba que guarda los restos del ser querido, amarga como el llanto de los que lloran la más honda pena.

En aquel pueblo existía la costumbre de sacar el Rosario todos los sábados y en las vísperas de los días más solemnes del año; y fué sacado aquella noche.

Caminaban delante tres tamborileros que redoblaban acompasadamente sobre el parche. A continuación, una cruz de variados colores, cada uno de los cuales dejaba escapar una luz distinta, y seguían dos interminables hileras de faroles llevados por los mozos del pueblo que pertenecían á la Hermandad, y de trecho en trecho otras luces en forma de cruces y estrellas. Entre las dos hileras de fantásticas luces caminaban hombres y chiquillos canturreando el rosario, y cerrando la marcha, el estandarte de la Virgen conducido por el hermano mayor de la Cofradía y en torno suyo el cura y los hombres más piadosos de aquella agrupación religiosa.

Nada más profundamente triste que el batar de los tambores en aquella noche de amargo desconsuelo y los cantos monótonos de aquel conjunto de voces rezando el Ave-María

del rosario. Y era también costumbre detener su paso la comitiva á la puerta de la casa en donde se velara un muerto para entonar una parte del rosario por su alma...

Noche que te ofreces con la fúnebre claridad de aquellas luces amarillas á la imaginación del que aún te llora; noche cuyos rumores aún suenan en el oído que cree percibir el rezo fervoroso de aquellos hijos y el canturreo bendecido de los que pedían por aquel ser idolatrado; noche cuya sombría magestad tiene en la mente la incontrastable fuerza del más profundo recuerdo y en el corazón una huella dolorosa que no han bastado á borrar todos los contratiempos y los incidentes todos de la vida... tus lejanos ecos, aún penetran en el corazón y lo conmueven, tu resplandor que distancia el tiempo, aún llega á la razón para iluminarla...

Era el rumor de la calle perceptible y claro, y sonaba en los oídos como el confuso bateleo de una barquilla que se percibe lejana; era la agrupación de hombres numerosa, y la más amarga soledad abrumaba el corazón de los que sufrían. Y el atribulado D. Joaquín, cayendo súbitamente de rodillas, con expresión de resignación inenarrable, extendió sus brazos en cruz, y dejándolos nuevamente caer á lo largo del cuerpo, dió rienda al llanto hasta entonces contenido.

La reacción era bienhechora, saludable.

Y del fondo de aquel corazón angustiado subieron á los labios frases que confirmaban su resignada actitud y subió asimismo una



plegaria, también resignada y triste, pidiendo á Dios que le librara en breve de aquel inaudito tormento.

## XIX

Desarrollábanse en tanto, otras escenas de distinta naturaleza en torno de Facundo Alvar y su camarilla.

Jacobo Casas había regresado de la capital dejando completamente asegurada su influencia arrebatada al que le había dado la mano para que creciera y se encumbrara, y dueño absoluto de la situación, con un Ayuntamiento formado á su capricho, pronto arrojó de sí el antifaz con que había disimulado sus intenciones y se colocó con inaudito descaro de frente á su ex-jefe, sin miedo ya á sus baladronadas ni á sus radicales medidas.

Bufó Facundo Alvar como toro al que ponen banderillas de fuego y concentrando todo el rencor y el coraje de que era capaz su alma en un solo pensamiento, maldijo con horribles exclamaciones y blasfemias al ingrato que tan traidoramente pagaba su protección.

Había comenzado Jacobo por pedir cuentas de pasadas administraciones revueltas y endemoniadas y en las que Facundo Alvar fiado en su *omnipotencia* y en que duraría ésta tanto como su vida, se había descuidado sensiblemente, cogiéndose, como vulgarmente se di-

ce, los dedos; y si en un principio tranquilizó el vacilante cacique á sus amigos y paniaguados con frases jactanciosas y soberbias y con una sonrisa de desprecio hacia Jacobo, pronto pudieron observarse en el semblante de Facundo los efectos de la decepción y el despecho y el coraje, todo junto, que palpitaba en su alma, porque las cartas que escribió á la capital á sus amigos fueron unas contestadas con evasivas, otras con frases que á vueltas de algunos rodeos concedían la supremacía á Jacobo Casas, y las más y lo que era más doloroso, con el silencio.

Y pronto á los primeros tiros que tan importante brecha abrían en el corazón del cacique hiriendo mortalmente los sentimientos del amor propio y la soberbia que con tan arraigadas fuerzas en él se guarecían, sucedieron otros más directos y que realizaban con su práctica desconsoladora las amenazas de ruina juradas por Jacobo: un delegado especial del Gobernador civil de la provincia, revestido de toda la autoridad de dicho funcionario, que para estos casos, cuando las pasiones políticas se enconan suelen usar y abusar los representantes del Gobierno de la autoridad de que han sido revestidos, se presentó en el pueblo causando la alarma consiguiente, para formar á Facundo Alvar los expedientes de responsabilidad administrativa en que había incurrido cuantas veces de sepeñó el cargo de Alcalde.

Esto era el colmo del escándalo. Y no se escandalizaban ciertamente aquellos sufridos

y vejados vecinos porque se tomara tan radical providencia en contra del hombre que tan omnímodo poder había ejercido por largos años sobre ellos. Nada de esto. Acostumbrados estaban á revueltas análogas de la política rural, remedo miserable de la más encoquetada política en todas las circunstancias y en todos los tiempos, y no habían de mirar con extrañeza que al fin y á la postre á Facundo Alvar le saliera un tan malicioso grano.

Lo que les escandalizaba era que el grano radicara en la persona de Jacobo Casas, á quien el cacique había dado la mano en su carrera para que fuera hombre é hiciera una fortuna, y lo que colmaba en sus corazones sencillos el horror de aquella revuelta, que contemplaban, no obstante, con secreta alegría porque veían la mano de Dios que castigaba las maldades de Facundo, era que Jacobo que había hecho una fortuna á favor de aquellos robos, irregularidades se dice hoy, sacáralos ahora á plaza exigiendo responsabilidad á su maestro.

Y era también que aquellos alpujarreños ignorantes no conocían los tan elocuentes proverbios, oportunos y ajustados al caso, de «cría cuervos y te sacarán los ojos» y «de tal árbol, tal astilla.»

Jacobo Casas era todo un truhán redomado que sabía lo que se hacía. Digno discípulo de tal maestro, había comprendido que la mejor manera de inutilizar á Facundo era deshacer su fortuna; así el cacique se vería reducido á la impotencia y no podría resurgir con pretensiones á la codiciada jefatura.

El embargo de los bienes de Facundo Alvar era inminente ..

En la espaciosa cocina ya descrita, de la casa de Facundo, hallábanse reunidos con éste su mujer, su hija, la viuda prometida de Pepe Acuyo y el maestro. Sólo faltaba á la reunión para que fuese completa, la presencia del boticario. Pero el boticario había sido requerido por Jacobo Casas y amenazado con depurar ciertos antecedentes que hubieran dado al traste con su negocio y tomó el partido de las circunstancias, volviéndose descaradamente la casaca, arrimándose al sol que más calentaba entouces.

Era de noche y la tertulia íntima, así ammorada, estaba en funciones.

En el semblante de Facundo Alvar no brillaba como otras veces aquella inmovilidad y fijeza indicio de que sus negocios marchaban bien y de que sus artes y mañas eran coronadas por el éxito. Porque los ojos de aquel malvado nunca brillaron con el resplandor de la alegría ni aun en los momentos de sus más íntimas satisfacciones y despedían en cambio fulgor siniestro y los enrojecía el más insignificante contratiempo.

Oía con espanto los rugidos de la tormenta que se desencadenaba furiosa en contra suya y que como primeros efectos de su fuerza asoladora había dado al traste con su influencia y amenazaba destruir su fortuna; y cuando analizaba aquella fuerza que en contra suya soplaba, cuando medía todos sus grados y ahondaba en sus cavilaciones hasta llegar

á la mano material y humana que de tan implacable manera le hacía juguete de su capricho, aquí se detenía amenazador y rugiente, furioso y endemoniado, y no alzaba, incrédulo, al cielo sus miradas para que las hiriera la luz de una revelación y vieran en ese cielo al parecer tan inmovible y silencioso, la mano verdadera que manejaba aquel espantoso tinglado que se desplomaba sobre su cabeza.

Por esto sus ojos que nada sobrenatural veían eran reveladores de la tremenda lucha que en su corazón se libraba; y sus miradas azoradas é inquietas ora amenazaban con el implacable odio que en su alma germinaba, ora deotaban la ira y la soberbia llevadas hasta el parasismo.

Con temeroso silencio contemplábase su íntima camarilla, porque los efectos de sus pasiones eran ciertamente de temer, pero no palpitaba en todos aquellos seres que rodeaban á Facundo el mismo sentimiento; había allí una excepción y esta excepción estaba en Pepe Acuyo en el cual no pesaban tanto las consideraciones de lealtad y respeto, como la esperanza de un próximo enlace con la viuda; que si esta consideración tan *apreciable* no se hubiera interpuesto entre el cacique y el maestro, el último tomando ejemplo del boticario y de otros muchos, hubiera abandonado á su jefe mucho antes de que las cosas hubieran llegado á tan desesperado trance, quizás al sonar los primeros disparos en aquella encerrona tan mañosamente preparada por Jacobo Casas.

—¡Y todo se desata en contra mía!— clama-

ba Facundo Alvar en el colmo del desaliento, con la cabeza entre las manos y moviendo desesperadamente aquella.—No hallo una idea salvadora que me saque de este infernal atolladero, todos mis esfuerzos son impotentes para dar con ella. ¡Ah, como yo pudiera! (Aquí una serie de interjecciones de todos los colores.) ¡Como tuviera en mis manos siquiera por veinte y cuatro horas el poder aquel á cuya sombra creció y medró la vívora que ahora me atormenta, yo juro por quien soy que sin piedad había de aplastarla! Pero todo me vuelve las espaldas, todo se declara en contra mía... los de arriba (así llamaba Facundo Alvar á sus amigos de la capital) han sido engañados ó seducidos por Jacobo y los de aquí se me declaran en abierta rebeldía. Con uno solo me bastaba para atajar la miserable obra de ese canalla, pero falta ese amigo cuyo pecho sintiera como propio el ultraje que se me infiere y cuya mano no vacilara en... borrar de una vez para siempre los instintos ingratos de ese infame, de ese villano, de ese piojo resucitado, de ese hijo de mala madre...

Y siguió Alvar vomitando insultos contra Jacobo en frases del más perverso gusto, reveladoras de la tremenda ira que á su corazón abrasaba.

Todos comprendieron el sentido criminal que encerraban las lamentaciones del cacique, y en particular Pepe Acuyo á quien evidentemente iban dirigidas, y todos sin gran esfuerzo adivinaron que Facundo Alvar echaba de menos la presencia del *tío* Gallardo tan adicto

á su persona y que en aquella ocasión, sin necesidad de repetidas excitaciones hubiera librado á su jefe de la guerra implacable que le había declarado Jacobo.

Pepe Acuyo al apercibirse de tal idea sintió como si sobre su corazón hubiese caído un enorme peso que paralizara sus latidos impidiéndole respirar libremente, y aquella presión y aquella fatiga determinaron las gotas de sudor frío que á sus sienes asomaron y el ligero temblor que recorrió todo su cuerpo.

En otras circunstancias, si el ánimo de Alvar no hubiera estado tan iracundo y si la reflexión hubiera sido posible allí donde imperaban la soberbia y el coraje, el maestro hubiera dicho á su jefe: «todo ó la mayor parte de lo que le sucede es porque V. lo ha querido; yo bien he sabido á tiempo descorrer el velo que ocultaba las maquinaciones de Jacobo, y V. no obstante, se ha dejado engañar como un niño. Bien le hemos predicado todos previendo lo que sucede ahora, y V. erre que erre, tan confiado y tan ciego... ¿y qué quiere V. ahora de mí? ¿que me convierta en un matón, en un asesino y que me juegue mi libertad y mi porvenir, para que V. brinque de gusto?»

Pero estas ideas no pasaron de la mente del maestro y se contentó con decir, para tantear hasta la evidencia aquel resbaladizo terreno:

—V. tiene en mí un amigo decidido y dispuesto á luchar á su lado y repeler las injustas agresiones de Jacobo. Y no entiendo por qué se lamenta de carecer de un solo amigo que le acompañe en la lucha, siéndole yo tan

adicto. Lo que yo me juegue en esta escaramuza en contra de Jacobo que dispone hoy de toda la influencia, dada la circunstancia del cargo público que desempeño, no hay para qué sacarlo á plaza, que mal pudiera corresponder con la propia vida á los favores y á los beneficios que de V. tengo recibidos y al próximo parentesco que nos ha de unir en una misma familia.

—La cosa es bien sencilla—dijo Facundo Alvar, más como si respondiera á su propio pensamiento que como ampliación de sus palabras anteriores y respuesta á las de Pepe Acuyo—En la calle se encuentra Jacobo á todas horas... es fácil, es sencillo un encuentro violento... la exigencia de una explicación de su villana conducta... palabras gruesas y ofensivas... la justa defensa... en el calor de la disputa, una puñalada de muerte.

Facundo Alvar destiló estas palabras una á una, con repugnante calma, y Pepe Acuyo al oirlas, no obstante estarlas aguardando, dió un salto en su asiento, impulsado por el horror y el miedo. Y tal fué la fuerza de su actitud y de tan elocuente modo se demudó su semblante, que Facundo Alvar comprendió de una sola mirada, que efectivamente, muerto el *tío* Gallardo, no tenía un amigo que secundara sus criminales proyectos.

Todo el coraje que estaba concentrado en el corazón de Facundo salió como un torrente en contra del maestro, llamándole con ademán descompuesto ingrato y cobarde é indigno como Jacobo, de su amistad y su protección. Y



Pepe Acuyo se levantó violentamente del asiento que ocupaba y con acento y con ademán también descompuestos, contestó al charrón de insultos que sobre él había vomitado Facundo:

—Yo le había ofrecido mis servicios, cuanto soy, cuanto valgo, incluso jugarme el cargo que desempeño y no cobrar las pagas porque las detendría Jacobo; todo esto había puesto á la devoción de V.; pero no le había prometido ser un asesino.

Y es fama que tras las palabras anteriores salió de aquella casa Pepe Acuyo con el cuerpo erguido y la cabeza más alta que cuando entrara en ella.

## XX

Facundo Alvar quedó otra vez hondamente pensativo y lo que Pepe Acuyo no fué osado á decirle, dijérouselo las hembras que con él habían quedado: tan efímero es el poder de la tiranía.

Que no debía culpar á nadie de lo que le pasaba, que con tiempo se le había advertido del peligro á que se exponía alentando las ambiciones de Jacobo Casas, y con estos reproches y otros muchos entontecieron durante media hora la mente de Facundo.

Pero ni una palabra de consuelo, ni una frase de ánimo que prestara alientos al ídolo en

tierra con esperanzas de rehacer el pedestal hecho pedazos, ni la más pequeña consideración que envolviera el reconocimiento de la maldad, y del castigo que sobre ella descargaba el cielo, ni el esfuerzo más insignificante para apartar á Facundo del negro abismo á que corría desesperado. Nada de esto. Solo reproches en los que se juntaban la soberbia y el despecho y la ira desbordada entre insufribles exclamaciones.

Vió Facundo que se le insurreccionaba el gallinero, y cansado de tanta frase inútil, puso término violentamente á la escena dejando á su prima con la palabra en la boca, pero no sin oír al retirarse estas que la viuda le espetaba:

—Y no sé por qué en tu caída nos has de sacrificar á los que maldita la culpa que tenemos en este lío.

Facundo Alvar no pudo conciliar el sueño en toda la noche, y al día siguiente, muy de mañana, se hizo ensillar un escuálido caballo que tenía para sus campestres excursiones. El animal era ciertamente digno de la carga que estaba forzado á soportar. Alto y seco como Rocinante; tranquilo, pacífico, sin nervios, cargado de años y de pesadumbres, era el caballo el más adecuado para aquel jinete, dada la torpeza física del último por su falta de vista; y bien podía Facundo Alvar echarse á dormir á lomos de su rocín favorito, que no había temor de que el animal le diera el más pequeño disgusto.

En esta disposición encaminóse Facundo á

una posición pintoresca de la que había hecho una de sus mejores fincas de recreo.

El camino estaba sembrado de escarcha que comenzaba á deshelar el calor del sol y en las ligeras plantas que crecían á entrambos lados del sendero se veían gotas de rocío que parecían perlas y que se deshacían también al ser heridas por los primeros rayos del astro rey; allá lejos, en las altas cumbres, una sábana blanquísima ofrecíase á la vista adaptándose á los quebrados y á las ondulaciones del terreno, y las recias encinas del monte, algo más bajo, semejaban figuras fantásticas de colosales dimensiones.

En ninguna de estas bellezas del campo paraba mientes la imaginación de Facundo Alvar. Sus negras ideas absorbíanle por completo, y ni el sol reparador que aparecía para fecundar la tierra, ni los dilatados sembrados de aquellas laderas, verde alfombra salpicada de rocío, ni el revoloteo de los oscuros zorzales que picoteaban la aceituna, ni las ligeras alondras de ráudo vuelo que huían como flechas ahuyentadas por las pisadas perezosas del caballo, bastaban á sacarle de su ensimismamiento, de aquella actitud extraña en que desde la noche anterior había caído.

La intempestiva llegada de Facundo Alvar distrajo de sus quehaceres á la mujer del colono, que salió á la puerta del cortijo al sonar sobre el empedrado las pisadas del caballo.

— ¡Tanto bueno por aquí! ¡Señor! ¡Qué bendición! ¡Y qué valentía! ¡Con el frío que hace! Es más valiente su merced que todos los hombres juntos!...

Facundo se dejó tener el estribo para apearse mientras escuchaba impasible aquel chaparrón de exclamaciones á las que siguieron otras tantas preguntas, y una vez en el suelo cortó la charla de la cortijera con estas palabras:

—Vengo buscando á Manuel, ¿está en el cortijo?

—Cá, no señor. Con el alba se fué tras una yunta para meter en labor una laderilla que está allá arribota, en lo más empinado. Es mucho hombre Manuel y con él está esto que es una bendición. Pero se afana demasiado y hasta en las piedras quiere sembrar el trigo. Ya ve su merced: dió en una cantera y creyó que de allí iba á sacar el oro y el moro porque salieron cuatro tejas al principio y luego se ha encontrado con que aquello ni es cantera ni quien tal pensó. Pues ahora quiere sacarle el jugo al terreno metiéndolo en labor.

—¿Está muy lejos?

—Lejillos está, si señor.

—Pues por distante que esté es preciso llamar á tu marido. Hoy mismo necesito verle.

—Si señor. Pues no faltaba más. Entre, entre su merced á la cocina que hay buen fuego y yo en un santiamén iré á buscar á mi marido.

Facundo entró en pos de la cortijera y se dejó caer en una silla tosca, de esas que tienen formado el asiento con sogas de esparto. La campesina salió nuevamente, metió el caballo en la cuadra, y á poco se oían las recias pisadas de sus alpargateñas que se alejaban hacia el monte.

Una hora duró el aislamiento de Facundo y en todo este tiempo ni cambió una sola vez de postura. Como cayera en la silla así permaneció hasta que la cortijera entró en la cocina nuevamente.

Ahora la seguía un hombre rudo, zafio, de mal aspecto, astroso, mal encarado, sin duda el llamado Manuel, tipo vulgarísimo de los alpujarreños del campo que recuerdan en su rusticidad y actitud bravia á los almagárabes aquellos que tantos días de gloria dieron á las coronas de Aragón y Cataluña, hombres que conservan el respeto debido á los superiores y que hacen gala de una fidelidad y honradez á toda prueba, desmitiendo así la prevención que infunde el típico aspecto que les caracteriza.

Facundo Alvar contestó al saludo del cortijero con una inclinación de cabeza

—He venido en busca tuya, Manuel—le dijo—y necesito hablar contigo.

—Cuando su merced quiera.

Facundo se dirigió á una puerta que estaba cerrada y la abrió penetrando seguido de Manuel en una habitación que denotaba á la simple vista el objeto á que estaba destinada. Aquella habitación servía á Facundo cuando iba de temporada á la finca.

Alvar se dejó caer en una silla y dijo al cortijero:

—Vamos á ver si me entiendes, porque yo quiero que sin muchos rodeos tú me comprendas. Dejemos á un lado todo lo que tú me debes, sería echártelo en cara y dudar de tu

buena voluntad para conmigo, y vamos á lo que interesa. ¿Si tú supieras que yo, tu protector, tu amo, estaba medio arruinado y traicionado y vendido por otro que más que tú me debiera, qué pensarías de esto?

—Que era un canalla el que así pagaba á su merced.

—¿Y nada más?

—No entiendo.

—Ponte en mi lugar y sirva un ejemplo: supongamos que tú para que este cortijo diera más renta y para descansar algo de tus faenas buscaras un compañero ofreciendo darle la mitad de los productos; que vieras que tu compañero se embolsaba y se comía más de lo justo y que tú por cariño que le hubieras tomado, todo esto se lo dispensaras; pero que aquel, no contento ya con robarte, viniera á mí con chismes y enredos y consiguiera por último que perdieras el arriendo y que yo te echara de aquí dejándote en la ruina... ¿de esto, qué pensarías?

—Oigame su merced: para llegar á lo último era menester comenzar por lo primero y yo no haría lo primero nunca; yo no dejaría que nadie se me fuera á la parra, y si por una distracción mía, por un momento, se me subia alguno, ya sabría yo á tiempo hacerle bajar más que de prisa...

—Eso es, eso es.

—Y le daría un puntapié al mal amigo.

—¿Y si el daño estuviera ya hecho?

—¡Ah!...

En aquella exclamación puso Manuel toda

una revelación. Su rústica corteza había dejado penetrar un rayo de luz en su cerebro.

—Yo—añadió Facundo Alvar, abordando más íntimamente la cuestión—tenía en D. Jacobo Casas un amigo: hoy lo he perdido y al perder el amigo he perdido también mi posición y mi fortuna y todo. Me ha vendido como un canalla. ¿Qué partido me queda? Dímelo tú, te autorizo á que me lo digas, que para eso te busco, para pedirte un consejo y un favor muy grande, tan grande, que de concedérmelo quedaremos para siempre ligados en un agradecimiento sin límites.

—Me valgo de ese permiso que me da su merced y voy al grano. Todo esto que á su merced le sucede me lo temía yo, y más. Su merced ha errado el camino. Dejó á un lado á los propios y buscó á los extraños; algún día tenía que ocurrir. Los extraños y aun los de la familia, si no son buenos, no dan sino desazones; pero los de la familia que su merced ha despreciado son buenos: así lo cree todo el mundo. Ahora toca su merced el resultado, ¿y á quien se queja? Siempre se lo he dicho á mi mujer: nostramo va por ual camino, nostramo no obra bien, nostramo se pierde; y yo sabía en lo que iba á dar todo esto, no me coge de susto. D. Jacobo se hizo hombre, apandó lo que pudo, sacó la tripa de mal año, y es claro, hartó ya, quiere otras cosas más altas, quizás ser el dueño del partido. Y no repara para ello en arruinar á su merced. Pero siempre hay un remedio para el mal... y yo no sé si su merced aceptaría el remedio...

—Sí, lo aceptaría y me anticipo á tu idea, porque ese remedio lo vengo buscando y tu brazo ha de ser el que me vengue de tanta infamia.

—Cá, no señor. Mi brazo es el brazo de un hombre leal á su merced, pero no es el brazo de un asesino.

Aquella repulsa breve, enérgica, briosa, dictada por un corazón sano y por una conciencia limpia y honrada, dejó anonadado á Facundo Alvar.

Nuevos impulsos, desconocidos, extraños á Facundo, comenzaron á luchar en su alma con sus instintos feroces; y restablecido el silencio breves instantes, Alvar escuchó como los ecos de una voz lejana que deslizaran en su oído estas palabras:

—El remedio, señor, está en comprender el mal que se ha hecho. Su merced me autoriza para que hable claro y yo que le quiero y que le estoy agradecido le he de hablar como le hablaría á mi padre. Por ahí se pudre abandonada la familia de D. Joaquín Santisteban el hermano de nostrama, sangre de su sangre; esa familia necesita una mano que la saque de la ruina. La mano puede ser la de su merced, si ya no es tarde, la de su merced que primero puede atajar el daño que se le viene encima, concediendo á D. Jacobo todo lo que quiera, y volverse luego hacia D. Joaquín y sus hijos. Si puede evitarse el daño y la ruina de su merced, mejor; si no, consuélase con hacer un bien á los suyos, que en ese consuelo hallará su merced la fuerza necesaria para sufrir los golpes que le amenazan.



Otra vez reinó el silencio sólo interrumpido ahora por una agitación extraña que alzaba y comprimía el pecho de Facundo Alvar, en cuyo corazón se libraba sin duda alguna una tormentosa lucha, una batalla monstruosa entre el egoísmo y la soberbia por un lado y otros impulsos ajenos en aquel corazón hasta entonces y como extraños en él, más débiles y expuestos á ser vencidos.

## XXI

Como un ser que nada siente de lo que á su alrededor acaece, así quedó el ex-juez cuando se llevaron para enterrarla á la que fué cariñosa compañera de su vida. Y buscando la familia nueva casa, para quitar á D. Joaquín de la vista de tan dolorosos recuerdos, instalóse en ella con la esperanza de cerrar poco á poco con sus halagos y su cariño la tremenda herida que la muerte de María de los Angeles había abierto en el corazón de D. Joaquín.

Heridas que produce tan cruel desengaño no se cicatrizan nunca y sólo la muerte es bastante á cerrarlas aplanando y destruyendo para ello las energías pocas ó muchas de la materia.

D. Joaquín con ademán resignado había pedido á Dios que le librara de tan inaudito tormento; porque tormento y más feroz que todas las torturas humanas es perder una

compañera tan buena; y si tuvo un solo arranque el ex-juez de soberbia y enojo cuando su parienta, la viuda, quiso entrar en la cámara mortuoria en el momento en que María de los Angeles era amortajada, prohibiendo iracundo que ningunas manos tocaran aquel cuerpo si no eran las de sus hijas, si vióse poseído momentáneamente de la ira, culpa fué más de un acceso irresponsable que de sus propios sentimientos; y en la triste noche del velatorio, cuando en las primeras horas vió entre los concurrentes á su prima, queriendo llevar hasta el extremo la resignación de que ahora más que nunca hallábase su alma poseída, dirigióse á aquella y la dió una explicación de su conducta.

Sublime lección que sus malvados parientes no comprendieron, porque la viuda, con más acentuados dengues de resentimiento, dijo secamente á D. Joaquin:

—Sí, no te esfuerces, lo he comprendido todo: el dolor te ha vuelto loco y no sabes lo que te dices.

Y el ex-juez bajando nuevamente resignado la cabeza ofreció á Dios este nuevo sacrificio. Era hasta donde humanamente se podía llevar el olvido de las ofensas recibidas.

Avanzaba el invierno con todos sus rigores tan sensibles en aquella región, y á los crudos fríos del mes de Diciembre sucedieron las nevadas del mes de Enero. Y la vida se deslizaba en aquella casa, sombría y silenciosa, imperturbable, triste. Acudían las hijas casadas y algunas familias que como las de José

Rey y Juan Cañadas conservaban leal afecto á D. Joaquín, y cuando declinaba la tarde, en esa hora en que se acentúa la tristeza del que llora algún bien perdido, á la claridad melancólica que envía el sol á la tierra en los últimos momentos de su partida, D. Joaquín cogiendo el rosario cuyas cuentas había desgastado entre sus dedos María de los Angeles, elevaba por ésta á Dios sus oraciones y sus rezos, acompañado de aquel reducido puñado de personas que le rodeaban.

Y terminado el rezo, de la mente de D. Joaquín se elevaba á Dios una súplica siempre repetida, súplica resignada y triste como el intenso dolor que en su alma había.

No llegaban hasta allí para turbar aquel apenado retiro los ecos de la lucha á muerte que se libraba entre Facundo Alvar y Jacobo Casas. El ex-juez había pedido que nada le dijeran de las miserias de la calle, y todos obedecientes enmudecían en su presencia. Para D. Joaquín era como artículo de fé que Dios tarde ó temprano castigaría á su implacable enemigo, y no quería que nada le contaran de éste, temiendo que por un inevitable impulso de la humana naturaleza, pudiera recrearse su mente en aquel castigo. Perdonaba enteramente á los que tanto daña le habían hecho, y ya había dado ejemplo de su caridad y su perdón en aquel acto de humillación consumado ante su prima, y no quería tampoco que la calma dolorosa que le rodeaba, se viera un solo momento turbada por los ecos miserables de ningún objeto extraño á su pena.

Era, por decirlo así, avaro de aquel sentimiento augusto y doloroso que en su corazón palpitaba.

Vista la postración y debilidad física del ex-juez, hubo que velarlo para darle alimento á todas horas, y D. Joaquín, nuevo patriarca de estos tiempos, recordando el inmenso cariño que María de los Angeles había tenido al menor de sus hijos, al Benjamín de su familia, no quiso que nadie le velara que no fuera su hijo Andrés; y ufano y orgulloso éste de poder llevar este consuelo al ánimo atribulado de su padre, allí, junto al lecho del ex-juez, se pasaba las noches enteras que distribuía entre su principal cuidado, sus aficiones que desde aquella fecha crecieron en gran manera y sus pensamientos hondamente tristes, llorando á su buena madre.

Deslizábanse los días silenciosos y tristes en aquel hogar falto de la sombra de María de los Angeles, y sólo interrumpían aquel silencio los cuidados que envolvieran el recuerdo candente siempre de aquella compañera del alma, de aquella mártir que gustó apenas el sabor de las primeras alegrías de la vida, para ser en cambio juguete de la más constante aflicción y el más destructor desconsuelo.

Giraban los pensamientos del pobre D. Joaquín en derredor de los recuerdos de aquellos tiempos lejanos que huyeron fugaces como escapan las más bellas ilusiones; desfilaban por su mente y se posaban por algunos momentos en su alma figuras que fueron el encanto de su vida y que respondían con el más desesperado

silencio si la imaginación engañada evocábalas nuevamente para recrearse el corazón en su presencia: su buen padre, cuyo recuerdo perduraba con incontrastable fuerza, su cariño, sus cuidados, aquel bendito afán que inundaba el corazón de reconocimiento, aquella justificada preferencia, aquel tesón en acumular todos los grados de su cariño en el hijo preferido; después sucedíanse las más bellas consecuencias de aquel amor de padre, y con lugar preferente, el conocimiento con María de los Angeles, flor delicada que parecía haber reservado la providencia para aquel hombre honrado como recompensa á sus virtudes.

¡Qué felices aquellos tiempos de amor que agigantaron los instantes! ¡Qué inefables horas las que siguieron á una presentación y un saludo cambiado más con el alma que con los labios!

Toda una vida consagrada á borrar con el más grande afecto los contratiempos y las amarguras que asaltan al ser á cada paso, fué la más grata misión de D. Joaquín sobre la tierra; nunca un descuido, jamás la más leve falta, siempre el pensamiento y la voluntad pendientes de la voluntad y el pensamiento de María de los Angeles... ¡y esta ventura interrumpida de continuo por los deijos acerbos de una lucha ora con los hombres ingratos que complaciéronse en pagar los favores de don Joaquín con la postergación y el desprecio, ora con los individuos de la propia familia que hicieronle blanco de los más rudos y porfiados ataques!

Pero el ex-juez no quería abismar el pensamiento en las miserias humanas cuyo recuerdo es solo bueno para encender el fuego del rencor y el odio, y su mente luchaba con fuerzas desesperadas para arrojar de sí todo otro recuerdo que no fuera el recuerdo de María de los Angeles; y vencía su buen deseo. Resplandecían en su semblante con fugaz incertidumbre señales de la victoria, y eran fugaces aquellos indicios de vencimiento, porque la amargura de su aislamiento sobreponíase instantáneamente á toda otra manifestación de su voluntad y de su alma.

Dolor más grande y actitud más triste no ha podido ofrecerlos en ninguna otra ocasión la criatura; bien expresaba y con gráfica elocuencia la situación, la frase del pequeño Andrés, que al contemplar á su padre absorto primero como si escuchara las armonías celestiales del infinito, con la cabeza baja enseguida é inundado el semblante de lágrimas, había dicho con profunda amargura: «mi pobre padre se muere de pena.»

Sí, agonizaba lentamente D. Joaquín. Su organismo iba perdiendo el resto de energías físicas que dejó en él el último y más rudo golpe de aquel calvario de su vida, y veíasele materialmente morir por consunción.

Pero quedaban, no obstante, en su alma fuerzas y energías para escogitar entre las ideas que pasaban por su mente, aquellas más favorables á su estado y á su próximo acabamiento, y para rechazar aquellas otras que envolvieran el recuerdo de la maldita obra de

sus enemigos, de sus verdugos. Y se reconcentraba angustiado y temeroso en el círculo de sus más gratas memorias, y puesto el pensamiento en María de los Angeles, trasladábalo también á sus hijos, pobres seres sin más patrimonio que un nombre honrado y para los que se abría un sendero casi impracticable, erizado de peligros, de contrariedades, de fatigas.

Veíalos allí, á su lado, agrupados por el amor, ahitos de amargura, apenados y tristes, contemplando con dolor agudo los estragos que el sufrimiento iba dejando en el amado padre. Y este era otro sufrimiento que laceraba su alma; y solo pudo dejarles en los momentos en que el dolor ofrecía alguna tregua, como el único y más preciado patrimonio, máximas de consoladora santidad, hijas de la virtud y el deber de todo hombre honrado, ejemplos de toda una vida consagrada al bien.

Había momentos, fugaces también como las postreras ilusiones de la vida, en que al impulso del amor de padre uníase la voluntad engañosa, y D. Joaquín se entregaba á cálculos para el porvenir; y al pensar en sus hijos y sobre todo en los más pequeños, al meditar sobre el dudoso mañana de aquellos seres faltos en lo mejor de su vida del calor más preciso, y de una mano que les guiara cariñosa por el incierto sendero que la suerte les abría, Don Joaquín deteníase en esta triste idea y algún proyecto se dibujaba en su mente, para salir así de sus labios, en frases dirigidas una de

aquellas noches de insomnio al menor de sus hijos:

—Hijo mío, si yo recobrara alguna parte de mis antiguas energías daría cumplida satisfacción á tus aficiones: yo me ordenaría de sacerdote para ofrecer diariamente el santo sacrificio por tu madre, y tú á mi lado, en la capital, cursarías una carrera.

Pero tan nobles proyectos no pudieron realizarse. Se apiadó Dios de aquel sufrimiento, y pasados en la disposición descrita los meses de Enero y Febrero y parte del de Marzo, el día de San José exhaló D. Joaquín su postrer aliento.

## XXII

Excepto uno de los hijos, todos estuvieron presentes á la muerte de D. Joaquín, y si no recogieron materialmente su último suspiro, porque la muerte acaeció súbita y cuando la mayor parte de aquellos estaban distraídos en distintas ocupaciones, tuvieron en cambio el grandísimo consuelo de rodear aún caliente el cadáver del padre amado.

Andrés había tenido la acertada previsión de llamar á su lado á uno de sus hermanos poco mayor que él, presintiendo la horrible catástrofe, que como final de aquella jornada temía; y de esta manera tres de los varones se encontraron en el pueblo cuando ocurrió la muerte de D. Joaquín.



Entre las escenas que se sucedieron en tan amargo trance es digna de referencia la intromisión de un individuo que con lágrimas en los ojos y con ademán el más suplicante, pidió á los hijos ayudarles, como uno de tantos, en la tristísima tarea de amortajar el cadáver del ex-juez. Aquel individuo era Juan Cañadas; y los hijos comprendieron que no debían negar este consuelo al que debía más que la vida á D. Joaquín, y aceptaron reconocidos sus servicios, sintiendo al par de aquel corazón sencillo del pobre Juan una satisfacción que no se parece á ninguna otra de la vida y cuyos recuerdos perduran siempre inundando de gratitud las almas buenas.

No se daban exacta cuenta los hijos, ni podían pensar en esto en aquellos momentos de dolor agudo, de la situación que se abría ante ellos, situación incierta, llena de peligros, de contrariedades, de fatigas: lucha desesperada con la suerte erizada de los rigores más acerbos, de los contratiempos más amargos. Muerto D. Joaquín, se imponía la desbandada, la disgregación de aquella familia falta del calor del padre, y la desbandada para algunos de los Santisteban, para los menores ante todo, era un problema oscuro y misterioso, sin más aliciente que la lucha desesperada, sin otro calor y abrigo que la glacial indiferencia de esa sociedad fría que parece conmoverse de espanto cada vez que un desheredado de la suerte acude ante ella en demanda de amparo y protección.

Bien mirado, sólo les quedaba á los desgra-

ciados hijos del ex-juez un nombre honrado, puro y sin mancilla, con el que podrían caminar erguida la cabeza, sin sonrojo alguno, y las óptimas teorías que con fruto habían bebido en aquella fuente rica en nobles sentimientos en que los educaron sus padres; y si camina el hombre por el mundo alta la cabeza, no á impulsos de la osadía que tanto priva ahora, sino porque de nada tenga que avergonzarse, llevando con decoro el honrado nombre que de sus padres ha heredado, y siente arder en su corazón la llama de un sentimiento cristiano que da calor para luchar noble y decididamente, sin amilanamientos ni cortedades, tiene mucho y bueno adelantado; y pese á los excépticos ó á los hipócritas que aseguran que con estas cosas no se come, algún día se tropieza con la recompensa y se encuentra una mano leal en la vida que se tiende desinteresada en auxilio de la honradez y la nobleza de alma.

Ante estas consideraciones hubieran hallado un bendito consuelo los hijos de D. Joaquín si en aquellos momentos de dolor hubieran pensado en el porvenir que les aguardaba, y al instintivo temblor de las primeras reflexiones, en contacto la imaginación con la miseria de los hombres y la indiferencia de la sociedad, hubiera sucedido ese otro estado de tranquilidad y calma que se deriva de la confianza en Dios y en su bendita providencia.

.....  
Cuando era más augusto el silencio en aquella casa turbada nuevamente por los estragos

de la muerte implacable; cuando los hijos rodeando el cadáver del ex-juez, contemplábanle con expresión de angustia intraducible, oyóse una exclamación en la pieza inmediata y la voz de Juan Cañadas que decía con acento de terror:

—¡D. Facundo!

Sintieron los hijos al escuchar aquel nombre algo así como si toda la sangre de los pulmones se les anudara para ahogarlos, en la garganta, y un impulso horrible de acometividad espantosa, y solo volviendo nuevamente la vista al cadáver de aquel buen padre que tan constante ejemplo de resignación les había dado durante toda la vida, hallaron fuerza para reprimir el instintivo movimiento que en el corazón se había operado.

Se produjo entre las personas que allí había un rumor sordo y prolongado, más elocuente que todos los reproches y vituperios, pero en un momento cesó todo rumor, sin duda al presentarse Facundo Alvar, apoyado en un brazo de Manuel, en aquella triste escena, epílogo de una vida de malquerencia y rencor salvaje.

Facundo Alvar se dirigió, apoyado siempre en el brazo de su colono, á la habitación en donde se velaba el cadáver de su cuñado, y era tal la expresión de su semblante, brillaban sus pequeños ojos, agigantados ahora por el fulgor de la fiebre, de tan extraña manera; palpitaba su cuerpo de tan horrible modo, que los hijos por un impulso mezcla de lástima y terror, se apartaron á un lado, abriendo

así camino para que Facundo llegara ante el cadáver.

Ni quisieron mirarle más para no sentir nuevamente vehementes deseos de estrangularlo entre sus manos, y porque la expresión de aquel semblante llevaba al corazón una amargura desesperada, un infernal desconuelo.

Situóse Alvar á dos pasos del cadáver, temblando como un epiléptico, y soltando el brazo de Manuel que le servía de apoyo, permaneció contemplando á su pariente algunos minutos.

Breves fueron estos, que de prolongarse la escena algún tiempo más quizás los hijos no hubieran podido reprimirse y hubieran mediado para ponerla término; pero antes de que fuera precisa la intervención de sus sobrinos, en medio de la general atonía, Facundo dobló ambas rodillas, cayendo con desesperada fuerza sobre el pavimento.

Ni una frase, ni una exclamación, ni un sollozo, salió de los labios de Alvar, que denotaran algo de lo que en su interior ocurría; y el solo indicio de la extraña revolución que en su ser se había operado, era aquel temblor constante parecido á la epilepsia que agitaba todos sus miembros y el fulgor indefinible de sus ojos azorados é inquietos.

Manuel, hombre instintivamente discreto, comprendió que habiendo llegado Facundo Alvar tarde á la casa de sus parientes, no debía prolongarse tan violenta escena; y cogiendo también silencioso, á Facundo Alvar por un

brazo, como se coge á un niño, le hizo levantarse, atravesando nuevamente por entre las personas que llenas de asombro se apiñaban para ver á Facundo Alvar y convencerse de que no eran juguete de una pesadilla.

Cuando se sintieron los pasos de Alvar que llegaba á la calle, hasta la casa llegó también, hiriendo siniestramente en todos los oídos, y turbando nuevamente la solemne magestad de aquel reposo, el eco de un grito desgarrador, sobrehumano, grito de la razón herida, crispante aullido de un vértigo de muerte.

.....  
José Rey, al oído de Juan Cañadas, le decía en tanto:

—Hoy le embargaron los bienes, ya está arruinado. Y ahora se presenta en esta casa... cuando nada tiene remedio.

—Dicen que se ha vuelto loco.

—Demasiado bueno es Dios que no le mata de un rayo—agregó José Rey condensando en esto su deseo y con una vehemencia que disculpaba con su falta de cultura su lenguaje irreverente.

FIN